

SERVICIO SECRETO

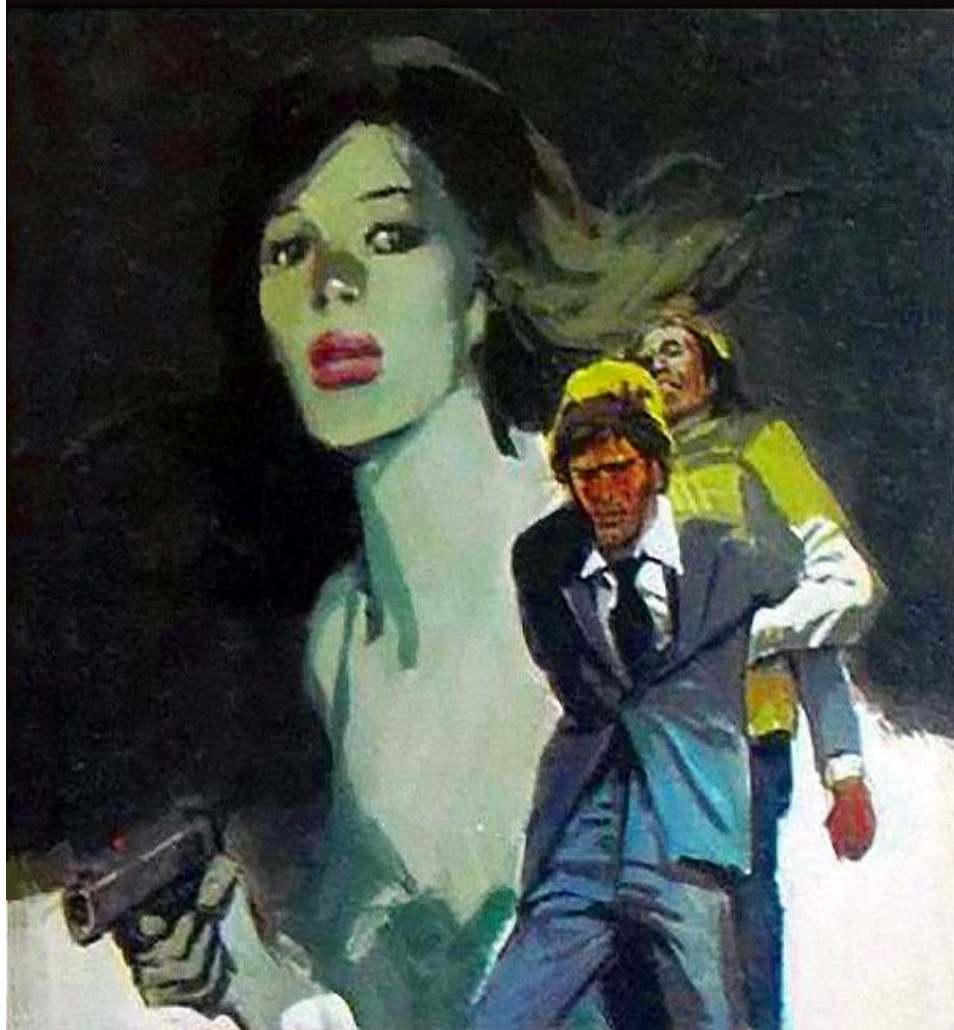
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

 **POLICIACO**

AYER Y MAÑANA

***Lou
Carrigan***



Grant Lovelace sabía perfectamente que, como suele decirse, Amanda Kevin estaba más buena que el caviar, así que cuando la muchacha abrió la puerta y apareció en toda su resplandeciente belleza no se inmutó. Ni siquiera ante el excitante atuendo femenino: un albornoz corto, azul como los bellísimos ojos de Amanda Kevin, y todavía a medio cerrar. Estaba claro que la señorita Kevin terminaba de ducharse, y acudía a abrir la puerta a toda prisa, con una toalla en las manos.

—Ah —exclamó al ver a Grant Lovelace.

—Apuesto a que creía que era otra persona —sonrió Grant.

—Cierto. Tan cierto como que no podía pensar que fuese usted, ya que no le conozco.

—Soy Grant Lovelace. Periodista.



Lou Carrigan

Ayer y mañana

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1769

ePub r1.0

Lds 04.12.17

Título original: *Ayer y mañana*

Lou Carrigan, 1984

1984 cubierta: Lozano

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1769. Bruguera – 1984

Colección PUNTO ROJO n.º 21. Ediciones B – 1991

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

JOVEN DAVID

La gente le estaba escuchando con atención, aunque, a decir verdad, en líneas generales no se lo tomaban muy en serio. Tal vez porque el conferenciante de Grant Park, en Chicago, era demasiado joven. Y demasiado insignificante.

A fin de cuentas... ¿quién o qué era el Joven David? Pues, en realidad, no era nadie ni nada. Simplemente, un muchacho que había aparecido en el parque, se había subido a uno de los bancos frente al lago, y había comenzado a decir tonterías...

¿O no eran tonterías?

—Os están destruyendo la mente y el cuerpo —decía—, y lo más triste es que vosotros lo estáis permitiendo. Estáis permitiendo que ellos, los criminales de la Humanidad, destruyan lentamente la obra más perfecta y admirable de la Naturaleza. Cada vez que os hablan, os mienten, y vosotros os empeñáis en no querer enteraros de eso. Debéis rechazar, al menos, todo pensamiento o consigna que de un modo u otro contenga la menor dosis de maldad, de antagonismo para con nuestros semejantes. Cuando se os habla de que Estados Unidos tiene tal o cual armamento se os está hablando, en realidad, de que Estados Unidos dispone de medios para exterminar a la Humanidad..., cuando lo que debería fabricar Estados Unidos, y por supuesto Rusia y cualquier otro país de este planeta, son medios de salud y supervivencia, no medios de exterminio... ¿Tan difícil es entender la frase que dice AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS? Cual quiera puede entenderla. Y yo os pregunto: ¿qué puede tener que ver el amor con las armas devastadoras que cada día proliferan más en todo el mundo? ¿Cómo se le puede hablar de amor a una Humanidad que mide su seguridad por grupos, cada uno de los cuales quiere tener más medios de exterminio que los otros? ¿Cómo

es posible que...?

Lejano, comenzó a oírse el rumor de un helicóptero, que a los pocos segundos fue visible para las personas que escuchaban al Joven David en el malecón de Grant Park.

Posiblemente, fue el Joven David el único que no alzó la mirada en busca del helicóptero cuyo rumor se iba acercando. Cada vez más cerca, el aparato, destellando al sol de la tarde, se iba aproximando. Pero el Joven David seguía hablando a su público distraído y socarrón, que le escuchaba en realidad porque no tenía otra cosa que hacer, y resultaba divertido pasear y escuchar cómo los demás realizan esfuerzos para convencernos de algo... ¡Y con aquella facha! ¿A quién se le ocurría dárselas de apóstol en pleno siglo veinte, es decir, ya casi finalizando éste? Un muchacho que posiblemente no tenía más de dieciocho años, de cabellos cortos, vestido con un viejo jersey y unos pantalones tejanos todavía más viejos...

Francamente, a muchos les resultaba incluso patético, con sus ojos tan grandes como suplicando que le escuchasen, sus pálidos labios temblando por la emoción que ponía en cada palabra, sus delgadas manos blanquísimas agitándose como frágiles alas... ¿De dónde había salido aquel muchacho y qué pretendía? Algunos de los presentes recordaban haber oído o leído algo de él, pero no recordaban qué habían leído u oído. Había gente que sonreía, gente que le escuchaba con atención, gente indiferente... El muchacho hablaba y hablaba del amor y de la paz, pero sus palabras se las llevaba el viento.

Posiblemente el mismo viento que traía el rumor del helicóptero que se acercaba cada vez más. Ahora todos podían verlo claramente, tan cerca que parecía que fuese a desplomarse sobre ellos. El trepidar de sus motores impedía escuchar las palabras del llamado Joven David, que finalmente optó por callar y mirar el aparato, que estaba descendiendo, sin consideración alguna. Mucha gente se estaba apartando ya, mostrando su disgusto y su temor al mismo tiempo, ya que las grandes aspas del helicóptero podían efectuar una decapitación en masa.

Se hizo un amplio círculo para que el aparato tomase tierra, muy cerca de donde estaba el Joven David, que miraba al aparato con expresión sosegada, sin alterarse. Su gesto era de tolerancia, de

paciencia, de amabilidad incluso.

Y de pronto, por una ventanilla del helicóptero brotó la primera granada.

Hubo un breve instante de sorpresa cuando la granada estalló muy cerca de la primera línea de curiosos que habían estado escuchando al Joven David. No hubo estampido excesivamente fuerte, ni metralla, ni nada parecido, es decir, directamente cruento.

Simplemente, cuando la granada estalló apareció en seguida una pequeña nube de humo blanco que se expandió a toda prisa..., mientras desde el helicóptero disparaban más granadas, todas ellas con el mismo resultado... La gente corría ya, alejándose atropelladamente, gritando y tosiendo bajo los efectos del gas lacrimógeno. En cuestión de segundos cundió lisa y llanamente el pánico en todos los presentes..., excepto en el Joven David, que permanecía en su sitio, casi altivo el gesto..., hasta que él también empezó a toser y a doblarse sobre sí mismo.

Del helicóptero saltaron cuatro hombres ataviados con «monos» rojos portando en sus manos fusiles lanza-granadas, y cubiertos sus rostros por viejas máscaras antigás. La gente huía ya despavorida, derribándose unos a otros y pisoteándose brutalmente. Algunas personas caían tosiendo terriblemente, y otras se desvanecían. El griterío era terrible, mezclado con toses, con los leves estampidos de las granadas de gas al estallar...

El Joven David había caído de rodillas, y estaba realizando terribles esfuerzos por mantenerse así, pero no pudo conseguirlo. Pareció que su cabeza se convirtiese en plomo, y que el gran peso venciese hacia delante el cuerpo del muchacho, que quedó tendido de bruces. Dos de los hombres ataviados con «monos» rojos se acercaron al muchacho, y cada uno de ellos lo asió de un brazo, arrastrándolo seguidamente hacia el helicóptero, cuyas aspas seguían girando. En alguna parte, lejos pero acercándose, se oía el ulular de una sirena policial..., y en todas partes, alrededor del helicóptero, todavía los gritos de la histeria colectiva, mientras los otros dos sujetos armados de rifles seguían disparando granadas que iban sacando de sus macutos cruzados ante el pecho.

El muchacho llegó como muerto al helicóptero, y los dos hombres que lo habían arrastrado lo alzaron y lo tiraron dentro, subiendo ellos a continuación. Los otros dos, como extraños

monstruos obsoletos, volvieron sus enmascaradas cabezas, vieron que el objetivo estaba conseguido, y echaron a correr hacia el helicóptero, al que se encaramaron ágilmente tras tirar dentro sus rifles.

Cuando la policía llegó al lugar, los gases lacrimógenos se habían desvanecido, dispersos por el vientecillo que llegaba del centro del lago Michigan. Tampoco estaba allí el Joven David. El helicóptero parecía ir empequeñeciéndose en la distancia, volando hacia el centro del lago.

En el lugar sólo quedaban personas desvanecidas o tan fuertemente afectadas por los gases que parecía que fuesen a estallar tosiendo bajo los efectos terribles, como desgarradores.

El helicóptero en el cual viajaba el secuestrado Joven David desapareció finalmente, siempre en dirección al centro del Michigan Lake.

CAPÍTULO PRIMERO

Grant Lovelace sabía perfectamente que, como suele decirse, Amanda Kevin estaba más buena que el caviar, así que cuando la muchacha abrió la puerta y apareció en toda su resplandeciente belleza no se inmutó. Ni siquiera ante el excitante atuendo femenino: un albornoz corto, azul como los bellísimos ojos de Amanda Kevin, y todavía a medio cerrar. Estaba claro que la señorita Kevin terminaba de ducharse, y acudía a abrir la puerta a toda prisa, con una toalla en las manos.

—Ah —exclamó al ver a Grant Lovelace.

—Apuesto a que creía que era otra persona —sonrió Grant.

—Cierto. Tan cierto como que no podía pensar que fuese usted, ya que no le conozco.

—Soy Grant Lovelace. Periodista.

—Ya. Supongo que se ha equivocado de puerta, señor Lovelace.

—Claro que no, señorita Kevin.

—O sea, que usted sí me conoce a mí.

—Desde luego. Y entre otras cosas sé que es usted detective privado.

—Me está abochornando —sonrió de pronto Amanda Kevin—, puesto que la detective soy yo, yo soy quien tendría que saber cosas sobre usted.

—Claro que no, mujer. A fin de cuentas hasta ahora no había irrumpido en su vida. Es a partir de ahora que empezará a conocerme.

—Es decir, que usted y yo vamos a relacionarnos.

—Así lo espero —sonrió Grant Lovelace.

Amanda Kevin lo miró con lenta atención: alto, guapo, elegante, de aspecto culto, inteligente, señorial, Grant Lovelace era el tipo de

hombre del cual nadie puede desconfiar. Amanda Kevin, que era casi tan alta como él y todavía más guapa, se restregó la rubia cabellera húmeda con la toalla, y dijo:

—Pase. ¿Sabe preparar café?

—Divinamente.

—Apuesto —sonrió ella— a que es usted de esa clase de hombres que lo hacen todo divinamente.

—Todo no —se mostró modesto Grant Lovelace—, pero sí bastantes cosas. Por ejemplo, el café.

—Dígame otra.

—El amor. Lo que vulgarmente se llama echar un polvo.

—Ya. Bueno, de todos modos pase. La cocina es fácil de localizar. ¿Qué le parece si mientras yo me arreglo un poco usted prepara café para dos? Y, si le viene de gusto, unos cuantos bocadillos.

—Vamos, que puedo considerarme en mi casa.

—¿Por qué no? —rió Amanda—. Espero que también sepa preparar bocadillos apetitosos.

Quince minutos más tarde Amanda Kevin estaba convencida de esto. Por su parte, Grant Lovelace todavía estaba más convencido de que la señorita Kevin estaba más buena que el caviar. Ella se había puesto unos pantalones de algodón y una blusa de tela ligera color malva, y eso era todo. Los pezones se marcaban deliciosamente en la blusa, y a cada gesto de la muchacha los senos ofrecían a Grant el espléndido espectáculo de su turgente movimiento bajo la ropa.

—El café está muy bien —dijo Amanda—, y los bocadillos están buenísimos, son apetitosos y originales. Y además, mientras me secaba el cabello le he recordado a usted. ¿No es el periodista que se ha inventado ese nuevo nombre para el Joven David? ¿Cómo lo llama usted...?

—«Masih»... El Mesías. Bueno, en hebreo Masih quiere decir ungido, pero por extensión yo lo denomino Mesías.

—O sea, que para usted ese jovencito que ha sido secuestrado hace tres días en Grant Park es un nuevo Mesías..., algo así como el sucesor de Jesucristo.

—También podría ser el sucesor de Buda..., o de Mahoma —sonrió Grant.

—Y podría ser un charlatán, o un retrasado mental. —Podría ser

muchas cosas— admitió Grant Lovelace, —pero el hecho cierto es que cuando le secuestraron, y con anterioridad, él estaba hablando de paz y amor en la Tierra, y diciendo cosas cuando menos interesantes. Esas cosas podrían ser... las primeras de una larga serie de ideas y pensamientos que tal vez serían útiles a la Humanidad.

—¿Está hablando en serio?

—¿Por qué no?

Amanda Kevin estuvo mirando pensativamente a Lovelace durante unos segundos. Tres días antes nadie conocía al periodista Grant Lovelace. En la actualidad, y gracias a su imaginación al denominar «Masih» o Mesías al secuestrado Joven David, era conocido prácticamente en todo el mundo, por su primer artículo sobre el tema, en el que sugería que «Masih» podía ser el sucesor de otros profetas, dejando entrever claramente que el más probable antecesor de «Masih» era Jesucristo...

—Señor Lovelace: ¿qué desea usted de mí? —murmuró de pronto Amanda Kevin.

Grant sacó de un bolsillo interior de su chaqueta un sobre, del cual extrajo una hoja de papel que tendió a la bella detective privada. Ella tomó el papel, y leyó lo escrito con letras mayúsculas:

CERDO ASQUEROSO, COMO SIGAS LLAMANDO MESÍAS A
ESE FARSANTE EMBAUCADOR TE VAMOS A CORTAR LA
LENGUA Y A SACAR LOS OJOS. CIERRA LA BOCA O TENDRÁS
QUE LAMENTARLO.

PRAGMA.

La mirada de Amanda se alzó lentamente hacia los ojos de Grant.

—¿Quién es Pragma? —preguntó.

—No tengo la menor idea. No sé si es un hombre, o un grupo, ni si se trata de unos fanáticos religiosos o de unos locos, o de unos bromistas... Lo único que sé es que me han escrito desde Australia.

—Eso queda un poco lejos —alzó las cejas Amanda.

—Sí, pero una agencia de prensa difundió por allá mi primer

artículo, en varios periódicos, y evidentemente Pragma lo leyó... y no le gustó.

—Evidentemente —asintió Amanda—. Bueno, no creo que deba usted hacer caso de esta nota, francamente.

—En el sentido de acobardarme no pienso hacerlo, pero me ha dado una buena idea.

—¿Cuál?

—Ir a Australia. No sé si usted se ha enterado de que mi periódico, el News Globber, ofrece una recompensa por el rescate del Joven David, es decir, por «Masih». También hay una recompensa de menor cuantía, pero interesante, para quien proporcione pistas al periódico que puedan ayudarnos a encontrar a «Masih».

—¿Y usted quiere ganar la recompensa? —sonrió Amanda.

—Yo quiero bastante más que eso, señorita Kevin. Hasta hace tres días yo no era nadie en el periodismo, y hoy, gracias a esa noticia, mi nombre aparece en casi todo el mundo, porque mi artículo llamando «Masih» a ese muchacho ha tenido impacto, ha... chocado a mucha gente y medios de comunicación en general. Tampoco se puede decir que el News Globber fuese precisamente el mejor periódico del mundo, ¿verdad? Pues bien, gracias a mi artículo mi periódico y yo estamos ahora en la cresta de la ola... Sabemos muy bien que es... ocasional, circunstancial, pero yo me he propuesto aprovechar la ocasión a tope y hasta el final, pase lo que pase, a fin de dejar de ser un desconocido y convertirme en una firma famosa del periodismo. ¿Me comprende?

—Naturalmente. ¿Cómo sabe usted que esta nota procede de Australia?

—Por el sobre —se lo tendió Grant—. El matasellos es de la ciudad de Sídney, en Australia.

—Sí, es cierto —asintió Amanda—, pero eso no significa forzosamente que «Masih» esté allá. Cuando fue secuestrado en Grant Park... ¡Qué casualidad!

—¿El qué?

—Usted se llama como el parque donde fue secuestrado el muchacho: Grant. Es decir, supongo que es una casualidad.

—Claro. ¿Qué otra cosa? —Gruñó Grant—. Escuche, yo estoy hablando en serio, señorita Kevin.

—Y yo también. Iba a decirle que cuando «Masih» fue

secuestrado en Grant Park el helicóptero se dirigió hacia el centro del lago. Así pues, todo el mundo piensa que el muchacho está retenido en algún lugar de Canadá, o tal vez en alguna parte del norte de Estados Unidos. Lo que no he oído mencionar en absoluto ha sido Australia:

—Precisamente. ¿A quién se le va a ocurrir buscar a «Masih» en Australia? Eso, suponiendo que la policía y el FBI se estén tomando la molestia de buscar alguna pista, pues a fin de cuentas el muchacho no es nadie.

—Esas cosas pasan —encogió los hombros Amanda, mordiendo otro bocadillo—. Oiga, de verdad. ¡Están riquísimos! ¿Cómo los hace?

—Puedo preparárselos siempre que quiera. Sólo tiene que llamarme, y acudiré como un rayo.

—Eso sería demasiada molestia...

—Claro que no: somos vecinos.

—¿Vecinos? ¿Usted y yo? Es curioso que nunca antes me fijara en usted... En fin, eso también son cosas que pasan. ¿Por qué cree usted que han secuestrado a «Masih»?

—Yo diría que eso es evidente: no quieren que él vaya por ahí diciendo las cosas que decía. Son muy subversivas.

—¿Subversivas? —Se pasmó Amanda.

—Y bastante, pues expresan disconformidad con el sistema establecido.

—Señor Lovelace, ese joven no hacía daño a nadie, y no creo que haya nadie que se preocupe por lo que él diga.

—Ésa es su opinión, pero puede haber gente que no esté de acuerdo con ella. Por ejemplo, Pragma. Y hasta posiblemente se sientan molestos los personajes integrantes del poder oficial y los del poder oculto.

—Pues a mí, francamente, todo esto me parece un poco como una... chiquillada. Lo único que no encaja como tal es la nota amenazadora. Unas personas que escriben una nota semejante no son de fiar... Quiero decir qué deben ser gente de cuidado..., tengan o no tengan algo que ver con el secuestro de «Masih».

—No me dan miedo. Así que no sólo pienso seguir llamando «Masih» a ese muchacho en mi periódico, sino que estoy firmemente decidido a ir a Australia a buscarlo.

—Habla de Australia como si fuese un club de golf o algo así —rió Amanda—. Espero que no necesite usted lecciones de geografía, señor Lovelace.

—Sé que Australia es una enormidad —gruñó Grant—. Le insisto en que estoy hablando en serio.

—Ya sé, ya sé. Dígame una cosa: ¿dónde encajo yo en todo esto? Porque si usted ha venido a ponerme al corriente de sus datos y pistas debe ser por algo concreto, ¿no?

—Concretísimo: quiero que venga usted conmigo a Australia. Pagaré sus servicios como detective; naturalmente.

—Es de esperar —asintió Amanda—. Pero, señor Lovelace, los detectives, incluso los de las películas, parten de una pista, generalmente. Por ejemplo, si usted viniera a decirme que buscara a su esposa...

—Soy soltero.

—Ah —chispearon los ojos de Amanda—. Bueno, como le decía, si usted viniera a decirme que buscara a su esposa, por ejemplo, lo seguro es que me diría cómo es ella, incluso me proporcionaría alguna fotografía, y me diría cómo se llama, cuál es la matrícula de su coche, dónde fue vista por última vez o qué amigos o amigas tiene, o qué sospecha usted que ella pueda estar haciendo y en qué lugar... Vamos, algo tangible, concreto y fiable. ¿Me comprende?

—Naturalmente.

—Pregunta: ¿a usted le parece una pista fiable una nota recibida desde Sídney, Australia? ¡Y ni siquiera sabe qué o quién es Pragma! ¿Realmente le parece que eso es una pista?

—No. Pero tengo una idea.

—Una idea. Ya.

—A mí me parece buena.

—Me gustaría conocerla, francamente.

—Pues verá: aprovechando que ahora soy famoso, me las arreglo para que mis colegas de Australia se enteren de que voy a llegar a Sídney, con lo que seguramente algunos acudirán a recibirme, me tomarán fotografías y declaraciones, etcétera. Yo diré que voy a Australia en viaje de vuelta al mundo recopilando datos e impresiones que en diversos países y razas haya podido causar el secuestro del Nuevo Mesías, y aprovecharé para escribir algo en algún periódico o agencia de allá, aparecer en la televisión, hablar

por la radio... En todo momento seguiré insistiendo en llamar «Masih» al muchacho. Ahora, supongamos que, tal como yo sospecho, Pragma está en Australia y concretamente en Sídney... ¿Qué cree usted que hará?

—Se me ocurre que quizá quiera cumplir su amenaza de cortarle la lengua y sacarle los ojos —sonrió Amanda.

—¡Exacto! Ahí es donde interviene usted.

—Dígame cómo.

—Usted sería algo así como... mi sombra. Y en cuanto esa gente se me acerque, ¡zas!, se pone tras la pista de ellos.

—Ya. O sea, ellos se acercan a usted, le cortan la lengua y le sacan los ojos, y yo, ¡zas!, me pongo tras su pista...

—¡Estoy hablando en serio!

—Ya lo ha dicho antes. Y no dudo que su intención sea hablar en serio, señor Lovelace. Pero la verdad, bajo mi punto de vista usted se está tomando esto como un juego de salón. Las cosas no son así. En el supuesto de que usted acertara y en Sídney alguien fuese a lastimarlo... ¿no se le ha ocurrido pensar que posiblemente lo conseguiría?

—Es un riesgo que acepto: Pero además confío en usted.

—Su... propuesta me convierte en algo así como una guardaespaldas.

—¿Y qué? Es un trabajo interesante, para el que hace falta valor y ser un buen detective. Y tener imaginación, y ganas de prosperar... Imagínese que realmente Pragma está en Sídney, que me atacan, que usted me ayuda, que conseguimos la pista de Pragma, encontramos al muchacho, lo resolvemos todos... ¿Se da cuenta de cómo cambiaría nuestra vida? Y para mejorar, se entiende.

Amanda Kevin estuvo unos segundos mirando fijamente a Grant Lovelace. Luego, despacio, paseó la mirada por la salita. Las cosas no le iban mal, pero tampoco bien. La gente no acababa de encargarle a una mujer casos verdaderamente importantes. Cuando había algún caso fuerte siempre eran sus colegas masculinos los que se lo quedaban... No era ambiciosa por el dinero en sí, sino por su trabajo y su satisfacción personal. Que además de progresar profesionalmente pudiera comprarse un apartamento más amplio; un coche nuevo y decorar con cierto confort su despacho de

detective, era cosa secundaria.

—A fin de cuentas —murmuró— encontrar a ese muchacho no sería nada demasiado importante.

—¿Por qué? ¿Porque no es nadie? Bueno, lo es para él mismo y para nosotros si conseguimos encontrarlo. Es una oportunidad..., que no siempre se presenta. Una tontería, si quiere, pero hay que aprovechar el momento.

Amanda asintió amablemente.

—¿Por qué me ha elegido a mí para acompañarle a Australia, señor Lovelace? —inquirió.

—Bueno, es usted detective, ¿no?

—Sí. Y sé que no lo hago mal. Pero me sorprende que me haya elegido a mí. ¿No cree que un hombre le daría más resultado?

—¡Claro que no! —Respingó Grant.

—Es usted muy amable —se sorprendió y desconfió Amanda—. Por lo general la gente prefiere contratar hombres. Sobre todo cuando el caso tiene una cierta envergadura, como presumiblemente tiene éste que nos ocupa.

—Yo la prefiero a usted.

—¿Por qué? —insistió Amanda.

—¿Acaso no sabe usted aprovechar una pista, proteger a un cliente, disparar una pistola, pelear sólo con las manos...?

—Soy lo que llamarían una chica... inquietante —sonrió Amanda—, pero la mayoría de la gente seguiría prefiriendo un hombre fuerte, atlético y con cara de malas pulgas. Algo así como usted... menos lo de la cara de malas pulgas, se entiende.

—Demonios, que le digo que la prefiero a usted.

—Y yo insisto: ¿por qué?

Grant Lovelace titubeo visiblemente. Luego masculló:

—¿Tengo que decirle la verdad?

—Se lo agradecería.

El periodista se puso en pie, y tendió una mano a Amanda, la cual se puso también en pie y le tendió una suya. En silencio, Grant Lovelace tiró de Amanda hacia el interior del apartamento. Entraron en el dormitorio de ella y, sin encender la luz, Grant llevó a Amanda hasta la ventana, que estaba abierta, ofreciendo las nada tentadoras vistas del interior de la manzana.

Grant señaló hacia el otro lado de ésta con un dedote.

—¿Ve usted aquel edificio al otro lado de la manzana?

—Desde luego —asintió Amanda, perpleja.

—¿Ve usted aquella ventana en la que hay luz? La dejé encendida a propósito. ¿La ve?

—Sí... ¿La dejó encendida...? Pero... ¿no vive usted en este edificio?

—No. Vivo allí, en aquel apartamento al otro lado de la manzana.

—Pero usted ha dicho que somos vecinos...

—Vecinos de ventana. Tengo unos prismáticos.

—¡Oh, no! —exclamó Amanda.

—Le aseguro que no suelo hacerlo, pero una noche, a simple vista, vi en esta ventana una chica moviéndose de un lado a otro. Me pareció que tenía que ser muy bonita, así que... Bueno, verás, yo tengo una pequeña lancha que utilizo para ir a pescar al lago. En la lancha tenía unos prismáticos... ¿Comprende?

—Comprendo que usted fue en busca de los prismáticos para espiarme mejor.

—Sí. Le he visto los pechos más de una vez. Y otras cosas... Pero créame: lo que más miro es su cara. No voy a negarle que me acuerde de las otras cosas, pero su cara me tiene... ¿cómo se lo diría yo?

—¿Obsesionado? —sugirió Amanda.

—Hechizado. Es usted preciosa. Vaya, que me he enamorado de usted como un bobo. Y me gustaría saber si aceptaría casarse conmigo cuando todo esto haya terminado.

Amanda Kevin no podía estar más atónita.

—Pero... ¿está usted hablando en serio? —exclamó.

—¡Coño, que ya le he dicho que sí! ¿Qué tiene de sorprendente que quiera casarme con una chica que además de parecer inteligente y ser interesante profesionalmente está más buena que el caviar? ¿Acaso tengo cara de tonto?

—Pues no, pero...

—Sin peros. Lo de que usted y yo nos casamos está escrito, pero eso será cuando triunfe en este asunto, cuando triunfemos los dos y nos forremos, y podamos irnos a vivir juntos a un apartamento como el que nos merecemos. Hasta entonces a trabajar y a dejarnos de tonterías.

—¿Le parecería a usted una tontería quedarse esta noche aquí... conmigo? —deslizó maliciosamente Amanda.

—Que no estoy para cuentos, señorita Kevin. Diga sí o no, y yo me voy a mi apartamento a preparar mis cosas para partir mañana hacia Australia.

—No le creo. Si yo le pido que se quede conmigo esta noche...

—Que no, caray, que tenemos que prepararlo todo.

—Estoy segura de que no tiene usted agallas para resistir la tentación de pasar la noche conmigo.

—¿Que no? —Gruñó Grant Lovelace, sacando una tarjeta de visita—. Mira, aquí tienes mi número de teléfono. Cuándo te decidas a venir a Australia me llamas y me lo dices. Mientras tanto, buenas noches, tía buena.

Amanda Kevin quedó sola en su dormitorio a oscuras. Oyó la puerta del apartamento al cerrarse, y sólo entonces reaccionó. Se quedó ante la ventana mirando la de Grant Lovelace..., que se iluminó unos siete minutos más tarde.

—Cielos... ¡qué hombre! —exclamó Amanda.

CAPÍTULO II

Durante los tres días siguientes nadie tuvo la menor noticia respecto al paradero de «Masih», como ya se le llamaba en todo el mundo, pues la noticia de su secuestro no había decaído gracias a los artículos que continuó publicando Grant Lovelace, cada vez más sensacionalistas, como si una mano maestra le guiase o tuviera una inspiración continua.

También contribuyó a mantener la atención del público la publicación de la nota amenazante, aunque Grant Lovelace no dijo saber desde dónde se la habían enviado, por lo que parecía implícito que la amenaza procedía de los propios Estados Unidos.

Por eso, cuando Grant Lovelace anunció que se iba a dar una vuelta por el mundo para recoger impresiones en torno al secuestro y la personalidad de «Masih» muchísima gente pensó que era un pretexto para alejarse de los peligros que implicaban las amenazas de Pragma. Esta «huida» de Grant Lovelace mereció muchos comentarios, lo que, en definitiva, servía a los propósitos del periodista de darle la mayor publicidad al asunto.

La suficiente, desde luego, para que cuando, al cuarto día, llegó al aeropuerto de Kingsford Smith, en Sídney, Australia, le estuviera esperando la prensa, la radio y la televisión.

Mejor no se podían presentar las cosas conforme a las conveniencias verdaderas del periodista y su ángel inspirador de los últimos artículos súper sensacionalistas.

Por lo tanto, no es de extrañar que nadie reparase en la bellísima muchacha rubia de ojos azules (que no podían verse debido a los oscuros cristales de sus lentes para sol) que había hecho el viaje con él desde San Francisco, y que, muy discreta, permaneció alejada mientras Grant Lovelace era sometido a un torpedeo incesante de

preguntas, fotografías y tomas para la televisión.

—Señor Lovelace —preguntó un periodista sin más circunloquios—, se asegura que lo que está usted haciendo es huir de las represalias de Pragma por haber publicado la nota amenazadora que le enviaron... ¿Eso es cierto..., está usted huyendo?

—Me gustaría conocer a alguno de los presentes —replicó Lovelace sonriente— que no aceptara encantado dar la vuelta al mundo con todos los gastos pagados, como es mi caso.

Hubo unas risas, pero el otro periodista insistió:

—Eso no contesta a mi pregunta. ¿Está usted huyendo?

—La vida es hermosa —suspiró simpáticamente Grant—. Me pareció que valía la pena disfrutarla mientras el FBI atendía el asunto de Pragma.

—¿El FBI? ¿Significa eso que han conseguido alguna pista de Pragma?

—Eso deberían preguntárselo al FBI. Yo sólo he dicho que ellos atendían el asunto de Pragma. Aunque... personalmente, me atrevo a opinar un par de cosas. Una: el FBI está capacitado para trabajos de mucha más envergadura del que significaría el simple rescate del nuevo Mesías. Dos: está claro que si ellos consiguen alguna pista no van a decírla hasta que hayan obtenido un resultado.

—Señor Lovelace: ¿qué cree usted que es exactamente Pragma?

—Le he estado dando muchas vueltas a eso, y he llegado a la conclusión de que no puede ser otra cosa que un grupo de fanáticos.

—¿Fanáticos inofensivos? —rió alguien.

—Ningún fanático es inofensivo —frunció el ceño Grant—. La verdad es que el fanatismo me asusta un poco. Todos sabemos que no es fácil dialogar ni hacer acuerdos con gente fanática.

—¿Cree usted que Pragma fue quien secuestró a «Masih»?

—Me inclino a creer que sí..., pero eso es sólo una suposición personal, y no tiene conexión alguna con las investigaciones que el FBI y la policía están llevando a cabo en Estados Unidos.

—Según parece nadie ha pedido dinero ni cualquier otra cosa por el rescate de «Masih» —preguntó una periodista morena y de grandes ojos inquisitivos—. ¿Podríamos suponer que lo han secuestrado para matarlo, no para conseguir algo de él o con él?

—A mí me parecería absurdo —replicó vivamente Grant.

—¿Por qué?

—Porque para matar a una persona no hace falta secuestrarla antes. Allí mismo, en Grant Park, pudieron matar a «Masih» desde el helicóptero, de un simple balazo. Esto aparte, está el hecho del cometido terrenal de este nuevo Mesías: evidentemente, si ha venido con alguna misión redentora no puede morir..., motivo por el cual me inclino a creer que sigue vivo..., y que podremos recuperarlo en perfectas condiciones..., para bien físico y sobre todo espiritual del planeta Tierra.

Alejada de la nube de periodistas que rodeaba a Grant Lovelace, la rubia de ojos azules oyó perfectamente estas palabras, y movió la cabeza con un gesto de admiración mientras sus labios se fruncían emitiendo un gracioso silbido.

Acto seguido, mientras Grant continuaba haciendo declaraciones cada vez más sensacionalistas y más tendentes a apoyar la divinidad del joven «Masih», noticias que rápidamente darían la vuelta al mundo despertando aún mayor expectación e interés por el secuestrado personaje, la rubia se encaminó a los servicios aduaneros, donde mostró su pasaporte.

—Amanda Kevin —dijo el oficial de aduanas que la atendió—. Bienvenida a Australia, señorita Kevin.

—Gracias. Esperó que todavía queden algunos canguros por ver en sus hermosos desiertos.

—Alguno quedará —sonrió el hombre, moviendo la cabeza—. Según entiendo ha llegado usted en el mismo avión que ese periodista... ¿Qué tal es?

—Oh, muy guapo, muy guapo.

—No me refería a eso —rió el hombre—, sino a su modo de ser. Hay quien piensa que es un fantasioso, ¿sabe?

—Tal vez lo sea —pareció meditar Amanda Kevin—. Si juzgo por las pocas cosas que le he oído decir ahora no cabe duda de que podría considerársele así. Pero francamente, yo también me pregunto dónde está «Masih» y qué quieren de él quienes lo han secuestrado. Por otro lado, eso de Pragma a mí me parece bastante significativo.

—¿Sí? —se desconcertó el hombre—. ¿A qué se refiere?

—Usted sabe, sin duda, lo que es el pragmatismo.

—No lo recuerdo en este momento —masculló el hombre.

—Está explicado en cualquier diccionario —sonrió la señorita Kevin, encantadoramente—, pero puedo resumírselo para esta conversación. El pragmatismo es un método filosófico, divulgado principalmente por mi compatriota el psicólogo William James. Según ese método filosófico el único criterio válido para juzgar la verdad de cualquier doctrina científica, moral o religiosa, se ha de fundar en sus efectos prácticos. El pragmatismo representa en la evolución del pensamiento moderno algo así como una... rebelión contra los intelectualismos abstractos y los anteriores racionalismos escépticos anteriores a aquéllos. Vamos, dicho de otro modo, que para que usted pueda asegurar que esto es un pasaporte norteamericano no tiene que bastarle ver sus cubiertas, sino abrirlo, ver que contiene lo que debe contener un pasaporte norteamericano, y que, además, surta los efectos pertinentes a un pasaporte... ¿Me ha comprendido?

—Sí, sí... ¡Ya lo creo! —pudo tartamudear el hombre.

—Espléndido —sonrió la rubia—. Hasta la vista.

Se dirigió hacia donde la cinta transportadora iba poniendo ya los equipajes a disposición de los pasajeros llegados en aquel vuelo procedente de San Francisco, USA. Un par de minutos después tenía sus dos pequeñas maletas, que colocó una sobre otra y, en la de encima, apoyó el maletín de viaje, en el cual guardó el pasaporte..., mientras tras los oscuros cristales de sus gafas los azules ojos parecían ver y analizar todo cuanto había a su alcance.

Al otro lado de la cristalera el señor Grant Lovelace continuaba atendiendo a la prensa. Alrededor del grupo representativo de ésta se había formado un corro aún más amplio de público que escuchaba las preguntas y las respuestas. Dos cámaras de televisión de otras tantas cadenas australianas tomaban el programa en vídeo...

—¿Desea un taxi?

Amanda Kevin miró al empleado del aeropuerto que le contemplaba entre expectante y fascinado, y sonrió.

—Si es tan amable de retenerlo unos minutos con mi equipaje, sí. ¿Me espera usted afuera?

—Con gusto.

Ella asintió, y regresó adonde Grant Lovelace, infatigable, seguía respondiendo preguntas y exponiendo opiniones sobre la misión

supra terrena del secuestrado «Masih». La azul mirada de la señorita Kevin seguía escrutando los alrededores, pero no parecía existir peligro alguno para Lovelace. Por fuerza Pragma tenía que haberse enterado, por las noticias aparecidas en, los periódicos los días anteriores, que Grant Lovelace salía de los Estados Unidos y que su primera parada sería en Sídney, Australia.

Y mientras el resto del mundo podía creer lo que quisiera Pragma tenía que comprender forzosamente que si Grant Lovelace estaba allí no era por casualidad ni en viaje de fuga, ni turístico, sino en busca de una pista.

Así pues, sabían que Grant Lovelace buscaba a Pragma.

¿Qué haría Pragma?

«No creo que hagan nada aquí, en el aeropuerto —pensó Amanda—. Es más, por fuerza tienen qué sospechar qué Grant les está tendiendo alguna trampa, de modo que se lo pensarán muy bien antes de tomar cualquier iniciativa... Pero algo harán, seguro».

La señorita Kevin salió del edificio del aeropuerto, vio al empleado de éste esperando junto a un taxi, y acudió a su encuentro. Le dio al hombre una buena propina, se metió en el taxi, y sonrió encantadoramente al taxista, que se había vuelto a mirarla poco menos que turulato.

—Place Hotel —indicó la señorita Kevin—. ¿Sabe dónde está?

—Naturalmente: en Martin Place, en el centro. Es de los buenos.

—Estupendo —suspiró la rubia.

Se volvió a mirar por el cristal zaguero, pero no vio salir a Grant Lovelace. De todos modos no se preocupó. Tenía la certeza de que Pragma no haría nada tan pronto, de modo tan atolondrado, así que Grant Lovelace, por el momento, no tenía nada que temer...

* * *

Finalmente a Grant Lovelace se le terminaron las respuestas o las ganas de darlas, y se despidió de los periodistas, encaminándose hacia los servicios aduaneros, donde tras exhibir su pasaporte recogió su equipaje, que un empleado llevó también al exterior. Allá el señor Lovelace tomó un taxi, a cuyo conductor dio la dirección del Place Hotel, y se arrellanó en el asiento, suspirando aliviado.

El momento de mayor peligro había pasado, al parecer. La

verdad era que no las había tenido todas consigo mientras atendía a sus colegas australianos. A fin de cuentas desde cualquier lugar se podía disparar con un rifle con mira telescópica, o simplemente lanzarle una granada que lo dejaría convertido en minúsculos fragmentos de lo que alguna vez habría sido un ser humano...

Volvió la cabeza, pero no le pareció que ningún vehículo fuera especialmente tras el suyo por la autopista que comunicaba el aeropuerto de Kingsford Smith con la populosa ciudad de Sídney..., que por supuesto no le iba a pasmar a él, que llegaba nada menos que de Chicago. ¡Estaría bueno...!

Hacia las seis y media de la tarde, tras haber contemplado con indiferencia las amplias avenidas de la hermosa ciudad, Grant Lovelace llegaba al Place Hotel, en Martin Place. Un botones se hizo cargo de su equipaje, y le siguió al interior del edificio moderno y lujoso. Nada más entrar en el vestíbulo amplísimo Grant vio a Amanda Kevin sentada en uno de los confortables sillones, al parecer inmersa en la lectura de un periódico local. La rubia tenía junto a ella su maletín de viaje, pero no sus maletas, que seguramente estaban ya en su habitación.

—Grant Lovelace —se presentó—. Reservé una habitación desde Chicago hace tres días.

—Ah, sí, señor Lovelace —asintió el conserje—. Le estábamos esperando. Habitación 34. Tiene usted una compatriota al lado, en la 33.

—¿Sí? —Pareció fastidiado Grant—. Vaya, no hay manera de librarse de los americanos. Espero que esa señorita no resulte cargante.

—No lo parece. Es muy bonita... Pensé que se conocían, pues sus reservas fueron hechas con escasa diferencia de tiempo.

El conserje había hecho un discreto gesto señalando hacia donde se hallaba Amanda Kevin, y Grant miró con cortés disimulo. Cuando miró al conserje de nuevo emitió un silbido.

—Pues no, no la conozco, pero... ¿ve usted?: ésa es la clase de compatriotas que no me molesta conocer. Apueste a que la conoceré muy pronto.

El conserje sonrió levemente, y tendió la llave al botones que se había hecho cargo del equipaje de Grant. Éste, el botones y el equipaje se metían en el ascensor unos segundos más tarde...,

mientras la señorita Kevin, que por supuesto no se dedicaba a leer el periódico, sino a utilizarlo de pantalla, se disponía a ponerse en pie para subir a su habitación por las amplias escaleras.

Entonces vio al sujeto que salía de detrás de una columna. Lo vio aparecer de detrás de la columna cuando ya ella había dejado el periódico y no miraba hacia aquel lugar, sino hacia el frente. Sin embargo, talmente pareció que, como en una sorprendente y fantástica cámara lenta con memoria, en sus ojos permaneciese la última imagen vista. Y en esa última imagen aparecía en aquel momento, cuando desviaba la vista, la figura del hombre que, evidentemente, había estado detrás de una columna.

Lo que hizo la señorita Kevin no fue volver de nuevo la cabeza con rapidez para mirar hacia allí. Nada de eso. Continuó su movimiento para ponerse en pie mientras recogía su maletín, y se encaminó hacia las escaleras. Un poco antes de llegar a éstas volvió como casualmente la cabeza, y pudo ver al sujeto de la columna. Lo vio perfectamente y, en sólo la fracción de segundo en que su mirada estuvo sobre él, lo fotografió. Luego, con total indiferencia, inició el ascenso de las escaleras.

Sólo subió tres o cuatro. Pareció recordar algo de pronto, se detuvo, reflexionó, dio la vuelta, y regresó hacia el mostrador de la conserjería, sobre el cual colocó su maletín, lo abrió, y sacó un bolígrafo de oro... El sujeto de la columna la contemplaba a distancia, con disimulo. La señorita Kevin tomó una tarjeta postal del expositor, la colocó ante ella, y se dedicó a pensar lo que iba a escribir.

No parecía nada segura al respecto. Sacó del maletín un paquete de cigarrillos, se colocó uno en los labios, y luego sacó el encendedor. Con éste en la mano se volvió, como distraída, dando cara a todo el ámbito del vestíbulo. Encendió el cigarrillo... mientras la diminuta cámara fotográfica tomaba en veloz sucesión tres fotografías del vestíbulo, por supuesto enfocada de modo preferente hacia el sujeto de la columna, que se mantenía a distancia...

La señorita Kevin, finalmente, pareció no encontrar qué escribir en la postal, porque guardó ésta en el maletín con los cigarrillos, el encendedor y un montón de cosas diversas, y se encaminó de nuevo hacia las escaleras.

Segundos más tarde llamaba a la puerta 34, en el tercer piso.

—¿Quién es? —Se oyó la voz de Grant Lovelace.

—Amanda.

Grant abrió la puerta, cerrándola en cuanto ella hubo entrado.

—¿Qué tal? —le sonrió—. ¿Cómo te va tu papel de guardaespaldas?

—Bien —aseguró Amanda—. ¿Has tenido algún problema o has visto algo que te preocupe?

—La verdad es que no.

—Todo llegará. ¿Conoces a un sujeto pelirrojo, de unos cuarenta y cinco años, más bien gordito, de ojos verdes, que lleva una corbata azul oscuro y un traje azul-gris?

Estaba en el vestíbulo, escondido detrás de una columna, observándote.

—Seguramente conozco a cien pelirrojos —refunfuñó Lovelace—, y no puedo saber cómo son sus trajes y sus corbatas.

—Claro —sonrió Amanda—. Ya te daré una pista mejor en cuanto me sea posible. Mientras tanto, ten cuidado.

—Tal vez no vaya a ocurrir nada. Quiero decir que ni siquiera deben haberse enterado de mi llegada a Australia.

—Si Pragma está aquí no sólo conoce tu llegada, sino que saben que estás en este hotel y en esta habitación. De modo que ten cuidado. Deberías procurarte un arma.

—Y tú también.

—Yo ya tengo —sonrió Amanda Kevin.

—Imposible. Nadie puede pasar armas actualmente por la inspección electrónica de ningún aeropuerto. De modo que si tenías alguna en Estados Unidos allá se quedó.

Amanda Kevin sonrió, puso el maletín sobre el brazo de un sillón, lo abrió, y tiró de un casi invisible hilo del fondo, alzando una tapa bajo la cual quedó visible una pistola diminuta, dinero...

—Es de un material especial que aísla por completo el compartimento —explicó—. Sirve para pasar pequeñas cosas, nada más.

—Pero...

En aquel momento sonó el timbre del teléfono de la habitación del señor Grant Lovelace.

CAPÍTULO III

Los dos se quedaron mirando el aparato, sobre una repisa. Amanda Kevin lo señaló.

—Contesta. Comportate siempre con naturalidad, recuérdalo.

Lovelace fue hacia el aparato, mientras Amanda abandonaba el pequeño saloncito y entraba en el dormitorio, en el cual había otro teléfono. Lo descolgó a tiempo de oír a Grant preguntando:

—¿Sí?

—¿Señor Lovelace? —inquirió una bronca y profunda voz masculina.

—Sí, sí, dígame.

—Señor Lovelace, usted debe estar loco para atreverse a hacer lo que está haciendo... ¿Me comprende?

—No... No.

—Tal vez me comprenda mejor si le digo que le está hablando Pragma.

Hubo un instante de silencio por parte de Grant antes de que preguntase:

—¿Usted es Pragma? Escuche, su...

—Yo no soy Pragma. Yo pertenezco a Pragma. Y usted, señor Lovelace, ha sido condenado a muerte por Pragma. Se ha merecido esa distinción con todos los honores. Podríamos pensar que no había recibido nuestra nota, pero evidentemente la recibió, puesto que la publicó en todos los periódicos... No ha debido hacer eso, ni mencionarnos, ni desobedecernos. Lo siento por usted. Feliz muerte, señor Lovelace.

—Escuche, yo...

Clic, sonó el chasquido del auricular al ser colgado. Y casi en el acto, en el saloncito de la habitación de Grant sonó otra voz

masculina, sorprendiendo no poco a Amanda Kevin:

—No se vuelva, señor Lovelace.

Amanda oyó el respingo de Grant. Inmediatamente, comprendió la astuta jugada: un hombre de Pragma había llamado por teléfono a Grant para tenerlo distraído y ajeno acústicamente a cualquier cosa que no fuese la conversación telefónica. Y lo mismo le había sucedido a ella: tan interesada estaba en la conversación telefónica que no había oído al hombre entrando en la habitación, por supuesto utilizando una ganzúa...

—¿Quién es usted? —Oyó la tensa pregunta de Grant.

—Soy un amigo del hombre que acaba de hablar con usted..., y tengo una pistola con silenciador en la mano. ¡Le he dicho que no se vuelva!

—Escuche, no se precipite...

—¿Precipitarme? Usted se ha ganado sobradamente lo que va a ocurrirle, amiguito. Aunque lo que se merecía es que lo llevásemos a la isla y lo echásemos a un corral, no morir de un tiro en la nuca.

—¿Una isla...? ¿Qué isla?

—Le pondré una adivinanza —rió el hombre—: ayer no era usted nada, mañana sólo será un cadáver. Aunque en realidad es hoy cuando usted va a...

En este punto de la frase del hombre Amanda aparecía en el umbral de separación entre el dormitorio y el saloncito.

Y todo sucedió a la vez.

Ella vio que el hombre se disponía, en efecto, a dispararle a Grant por la espalda. El hombre vio que ella aparecía, es decir, captó movimiento a su derecha, volvió vivamente la cabeza, la vio, respingó, y hubo en sus ojos un destello de alarma y de indecisión. Velozmente tomó la decisión lógica, y entonces quiso girar para encarar con su arma a Amanda Kevin...

Plof, chascó la pistolita de ésta.

El hombre ni siquiera había iniciado el giro, pues Amanda, por supuesto, no se había entretenido como él, ya que esto podía haberle costado la vida a Grant Lovelace. Simplemente, la bella rubia disparó, la bala se hundió en la sien derecha del sujeto y, mientras el corpachón apenas iniciaba un gesto hacia este lado la cabeza fue sacudida levemente hacia el otro. Así pues, el cuerpo no se movió, la cabeza sólo osciló unos milímetros, y el sujeto, con los

ojos súbitamente desorbitados y una bala en la sien se desplomó silenciosamente al suelo.

Grant se volvió, corrió hacia él, y se apresuró, a hacerse con la pistola. Luego, miró como hipnotizado a Amanda Kevin.

—Lo has matado —susurró.

—Era una elección muy sencilla —aseguró ella.

Se arrodilló junto al sujeto, dejó la pistolita en el suelo, y lo registró. Llevaba documentación a nombre de Hugh Gambley, australiano, nacido en Canberra. Eso era todo, aparte de dinero, tabaco, encendedor, llaves... No había nada especialmente revelador.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Grant.

—Lo lógico y sensato sería marcharnos de este hotel inmediatamente, pues está claro que Pragma te tiene localizado. El hombre que te acaba de llamar por teléfono debe estar esperando a este otro no muy lejos de aquí, en un coche, seguramente. Cuando se inquiete por la tardanza de su compañero tal vez Venga por aquí, o quizá llame a alguien en busca de ayuda... Decida lo que decida, si nos quedamos aquí nos encontraremos dentro de un cerco que no será fácil romper.

—Pero... no podemos marcharnos ahora. ¡Acabamos de llegar! Si le decimos al conserje que nos prepare la cuenta... ¡Y luego, cuando encontrasen el cadáver...!

Amanda Kevin, que lo miraba entre incrédula y divertida, movió la cabeza como disculpándolo.

—Grant, espera. Comprendo que no eres hombre acostumbrado a estas cosas, pero ello no te ha de impedir razonar bien. ¿Sabes disparar?

—Ya te dije, cuando finalmente llegamos a un acuerdo, que soy un buen tirador olímpico. Pero una cosa es...

—Tranquilízate. Si sabes disparar, y tienes un arma, de momento estás en situación de defenderte. Y no te quepa duda que te verás forzado a ello, puesto que tú mismo has querido meterte de lleno en esto. Ahora tienes que tomarte las cosas con calma, reflexionar, y tomar la iniciativa. No quisiera que luego dijeras que no te lo permití. Reflexiona. ¿Qué crees que podemos hacer?

—Bueno... Desde luego lo sensato es largarse de aquí —aspiró hondo—, pero si nos vamos dejando un muerto la policía nos

acosaría en seguida, de modo que habrá que pensar en otra solución... Se me ocurre que podríamos intentar dejar a este hombre en otra habitación..., y tampoco tenemos por qué decir que nos vamos de Sídney. Podemos dejar todas nuestras cosas aquí, como si saliésemos a dar un paseo o hacer una excursión..., ¡pero largarnos bien lejos!

—Hasta aquí, de acuerdo. ¿Ves cómo las cosas pueden hacerse bien si se reflexiona? Ahora necesitamos una habitación a ser posible vacía. ¿Cómo podríamos saber si hay una habitación vacía en esta planta del hotel?

—Pues... Bueno, puedo ir llamando puerta por puerta preguntando por ti, diciendo que me he enterado de que hay en este piso una compatriota, pero que desconozco el número de habitación... Es una tontería, pues podría preguntárselo al conserje...

—Es una tontería, pero servirá —sonrió Amanda—. También podríamos esperar un poco más, pues pronto será la hora de la cena y no habrá nadie en las habitaciones, de modo que yo podría ir abriendo las puertas con una ganzúa y cerciorándome de cuál está desocupada. ¿Cuál de los dos sistemas te parece mejor?

—El tuyo, porque si voy preguntando por ti, Pragma se enteraría de tu existencia..., y hasta ahora ha ido muy bien que permanecieses oculta, es decir, alejada de mí.

—Eso ya no tiene importancia, pues a partir de ahora te van a acosar como a una fiera. Y no podremos andarnos con disimulos ni comedias. Y por otra parte, si yo voy abriendo puertas me expongo a que alguien me vea o a encontrarme alguien que cene más tarde o que haya decidido no cenar, o...

—Entiendo, entiendo... Iré a hacer lo que he dicho yo.

—Muy bien. Y sin perder tiempo, pues el compañero de este hombre no tardará en impacientarse.

Grant Lovelace salió de su habitación. Regresó apenas cuatro minutos más tarde, y encontró a Amanda Kevin sentada en un sillón, fumando pensativa, como absorta.

—En la 39 no contestan —dijo Grant.

Ella le miró lentamente, como si le costase regresar mentalmente a la realidad. Parpadeó, asintió, y dijo:

—Ayer no era usted nada, mañana sólo será un cadáver... ¿No

fue ésta la adivinanza que te puso él? —señaló con un gesto al muerto.

—Sí, eso dijo, es cierto. Pero no tengo ni idea de lo que puede significar.

—Espera un minuto y salvo qué oigas un silbidito sales entonces cargado con el cadáver, directo como una bala hacía la habitación 39. Mientras tanto yo la abriré... ¿Podrás cargarte el muerto?

—No soy ningún alfeñique —gruñó Grant—. Soy un ciudadano pacífico, pero no un raquítico.

—Ten cuidado de no mancharte de sangre —sonrió Amanda.

Salió de la habitación. Grant invirtió unos segundos en conseguir cargarse el cadáver en un hombro, lo que no le resultó tan fácil como había pensado, pues si hay algo verdaderamente difícil de manejar, ese algo es un cadáver. Pero lo consiguió, se acercó a la puerta, y esperó el tiempo convenido, atento el oído por si oía el silbido. No fue así, y salió al pasillo.

Vio en seguida a Amanda ante la puerta de la habitación 39, y corrió hacia allí. Cuando entraron nadie los había visto. Amanda cerró la puerta y encendió la luz.

—Mételo debajo de la cama —indicó—. Con un poco de suerte quizá tarden un par de días en encontrarlo..., salvo que huela demasiado mal. Y en dos días pueden haber pasado tantas cosas...

* * *

Eran cerca de las siete y media cuando Grant Lovelace y Amanda Kevin salían del hotel, como si simplemente fuesen a dar una vuelta. Salieron por separado, primero él, luego ella. Grant llevaba la pistola de Gambley en un bolsillo interior de la chaqueta, y se sentía incomodísimo, especialmente por el gesto que tenía que adoptar para disimular el bulto del arma. Amanda salió con toda naturalidad, con su maletín..., y en seguida vio al hombre que, de pie en la acera, estaba mirando con dura expresión a Grant Lovelace, que se alejaba.

Este hombre miró hacia el hotel, miró de nuevo a Grant, titubeó, y dando la vuelta bajó a la calzada, donde en doble fila había dejado su automóvil. Se puso al volante y, sin consideraciones al tráfico, dio la vuelta y emprendió el seguimiento de Grant Lovelace,

adelantándose a Amanda y acercándose a aquél.

—¡Grant! —advirtió Amanda, no pudiendo hacer otra cosa.

El periodista se volvió vivamente a mirarla, la vio a ella señalando el coche que en aquel momento se detenía, y dentro de éste al hombre que, crispado el rostro en un gesto de rabia, metía la mano derecha bajo la axila izquierda...

Grant Lovelace dio la vuelta, y de un salto se metió dentro del portal más cercano. Dentro del coche, el hombre lanzó una maldición, salió del coche corriendo, y en dos segundos estuvo ya en la acera. Su mirada se desplazó un instante hacia la rubia que había advertido a Grant Lovelace, y que corría también hacia el portal... El hombre prescindió de la rubia, y entró impetuosamente en el portal.

Mal hecho.

La atlética figura de Grant Lovelace apareció de pronto ante él, y el sujeto soltó un respingo y de nuevo llevó la mano derecha en busca de su pistola enfundada bajo la axila izquierda.

El puño derecho de Grant Lovelace, duro como un peñasco, impactó en su barbilla, que crujió de modo escalofriante. El hombre retrocedió, cayó de rodillas tras tambalearse, y de nuevo insistió en sacar la pistola, en el momento en que Amanda aparecía en el portal, recortándose contra la luz crepuscular del exterior y exclamando:

—¡No le dispaes, Grant!

Éste había saltado ya hacia el sujeto, que en aquel momento sacaba la pistola. Grant le aplicó un punterazo espantoso en el estómago, y el hombre se quedó sin aliento, como transido, desencajado el rostro. Sus dedos soltaron la pistola, y su corpachón se derrumbó hacia delante. Grant lo asió de la ropa, lo puso en pie de un tirón, y lo aplastó contra la pared.

—¡Maldito asesino de mierda...! —jadeó, alzando el puño.

—Déjalo —dijo Amanda—. Está sin sentido.

Grant soltó al hombre, que se desplomó como un muñeco. Amanda recogió su pistola del suelo, se acercó al hombre, y le sacó la billetera rápidamente. El hombre se llamaba John Keaton, y también era australiano, nacido en la localidad de Danbury.

Es decir, que Pragma disponía de empleados australianos sin problema alguno, lo que podía significar que podía disponer de

empleados locales allá donde fuesen. Los hombres que habían secuestrado a «Masih» en Chicago debían ser norteamericanos. Ahora les estaban atacando unos australianos..., y si fuesen a la India posiblemente les atacarían unos hindúes... Sí, Pragma debía tener personal en todas partes, lo que implicaba poseer una amplia y bien organizada red de empleados dispuestos a todo.

Así que la pregunta era: ¿qué era Pragma y qué se proponía en realidad? Porque era absurdo que se hubiese montado aquella organización para secuestrar a un muchacho que hablaba de paz y amor; tenía que haber algo más, mucho más. ¿A qué se dedicaba en amplitud Pragma y qué interés podía tener por un muchacho como Joven David...?

—Amanda —dijo Grant, acucillándose junto a ella—, tenemos público.

Ella volvió la cabeza y vio tres o cuatro personas en el umbral. Se acercó allí y movió las manos hacia fuera.

—Aléjense, por favor. No pasa nada... Despejen el camino, sean tan amables. Este hombre ha sufrido un infarto y vamos a llevarlo a un hospital. Por favor, sean tan amables...

Grant ponía en pie a Keaton y lo sostenía pasándose un brazo por los hombros. Caminó hacia la calle poco menos que arrastrando al sujeto, suspendido de su hombro por un brazo. Amanda se adelantó, abrió la portezuela de atrás, y Grant entró con John Keaton, ayudado por Amanda, que en seguida se puso al volante y arrancó, sin más, pues el australiano había dejado el motor en marcha para perseguir a Grant.

—¿Conoces la ciudad? —masculló el periodista.

—Un poco.

—¿Habías estado antes aquí? —Se pasmó Grant.

—¿Qué tiene de extraordinario?

—Pues no sé... A mí me da la impresión de que a Australia no puede venir nadie. ¿Para qué?

—Nosotros hemos venido para algo, ¿no? Pues igual mucha gente de muchas partes del mundo.

—¿A qué viniste la otra vez?

—Ya no lo recuerdo. Ten cuidado con ese hombre. Puede recuperarse en cualquier momento, y esa clase de sujetos no son fáciles de manejar.

—Yo tampoco —aseguró Grant.

—Sí, ya lo he visto —le sonrió Amanda por medio del retrovisor—. Tienes una buena pegada, no cabe duda. Y... Bueno, eso.

—Y mala leche, ibas a decir, ¿no es así?

—Algo parecido —rió ella—. De todos modos, hay que tenerla, con esta gente. La menor vacilación y puedes estar seguro de que no lo cuentas...

—¿Adónde vamos ahora?

—A un lugar donde podamos charlar con este tipejo. Lo mejor será que salgamos de la ciudad y busquemos un sitio tranquilo en el campo. Si ves algún canguro, avísame.

—Estás de guasa —gruñó Grant—. ¡Ya no quedan canguros!

—Claro que sí —protestó Amanda—. ¿Por qué supones que no?

—Porque nos lo estamos cargando todo, así que..., ¿por qué no también los canguros?

Amanda Kevin movió la cabeza con gesto de pesar.

—Tal vez tengas razón. Si seguimos así dentro de poco sólo quedará en el planeta el animal más animal de todos: el ser humano.

CAPÍTULO IV

Por supuesto que John Keaton no había tardado mucho en recuperar el conocimiento, pero entonces se encontró viajando en su coche y bajo la amenaza de su propia pistola, empuñada por Grant Lovelace. La rubia había conducido en silencio, hasta que finalmente detuvo el coche lejos de Sídney, quizá a unos veinte kilómetros tierra adentro. Para entonces ya era de noche, y no era aquél un lugar donde precisamente pudiera preocuparles la curiosidad de la gente, pues no podía aparecer más desierto.

Cuando Amanda apagó el motor del coche se percibió un silencio notable. Afuera se esparcía la luz de la luna en su casi total plenitud, proporcionando una luminosidad asombrosamente nítida.

—Salga, amiguito —dijo Grant—. Vamos a charlar un poco. Y será mejor que siga la conversación o le machacaré los testículos a patadas.

El hombre salió, después que lo hiciera Amanda y antes de que lo hiciera Grant, que le amenazó con la pistola, ordenando:

—Retroceda, y colóquese de rodillas en el suelo. Al menor gesto que haga que me cause inquietud, dese por muerto.

—¿Qué demonios quieren ustedes de mí? —Gruñó el sujeto.

—Ésta sí que es buena —se pasmó Grant—. ¡Usted y su amigo Gambley vienen a matarme y ahora me pregunta que qué quiero de usted! Como ya habrá comprendido, Gambley ha muerto. ¿Quiere morir usted también?

—No —rezongó el asesino.

—Pues colóquese de rodillas y conteste a nuestras preguntas. Por ejemplo: ¿quién les ha enviado a matarme y dónde podemos encontrarlo?

—Nosotros trabajamos para Pragma por teléfono. No conocemos

personalmente a nadie.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que nos llaman por teléfono, nos dan la consigna, esto es, la palabra «pragma», y nos dicen lo que tenemos que hacer: Al día siguiente encontramos un sobre con dinero en el buzón para la correspondencia, y eso es todo.

—Está usted mintiendo —intervino Amanda—. Su compañero habló de «la isla», lo que significa que sabía muy bien adónde acudir en caso necesario.

—Exacto —aprobó Lovelace—. ¿A qué isla se refería? ¡Y póngase de rodillas de una vez si no quiere que le meta una bala en el vientre!

—Tómalo con calma —aconsejó Amanda—. Tenemos toda la noche por delante para convencer al señor Keaton de que debe ser comunicativo con nosotros. Aunque no creo que vaya a hacer falta tanto tiempo: esperemos que se dé cuenta de su... molesta situación, por decirlo de algún modo.

—¿Quién es usted? —masculló Keaton mirándola—. ¿Y qué demonios pinta en este asunto?

—Es mi guardaespaldas —dijo Grant.

—No diga tonterías.

—¿Tonterías? De momento ya se ha cargado a su compañero Gambley, y gracias a ella pude evitar que usted me disparara. Y otra cosa: ¿por qué no puedo tener una guardaespaldas en lugar de un guardaespaldas? ¿Eh? ¿Puede decírmelo?

—Váyanse al infierno los dos.

—Se está usted complicando la vida —murmuró Amanda—. Si no hace lo que le...

Fue una visión como la que podría ofrecer una película con efectos verdaderamente especiales: de pronto, a la luz lechosa de la luna, vieron perfectamente cómo la parte superior de la cabeza del hombre desaparecía partiéndose en pedazos que salpicaron sangre a todos lados. Tal como si dentro de una tarta hubiera explotado un petardo, así la cabeza de John Keaton reventó y salpicó y, por un momento, se vieron sus ojos como hinchándose y saliendo de las órbitas.

Fue solo un instante, porque en seguida el tremendo impacto de la bala derribó de espaldas a Keaton, con una violencia

escalofriante, dejando en el aire pedazos de cráneo y masa encefálica como flotando a la luz de la luna y salpicando líquido reluciente.

Grant Lovelace no reaccionó. No entendía nada. La sorpresa era tan grande, al parecer, que ni siquiera entendía lo que sucedía... Amanda le derribó al suelo, quedando junto a él y poniéndole una mano en la espalda.

—No te muevas —susurró.

No se había oído nada, no se veía nada. Los pies de Keaton estaban muy cerca de ambos, con las punteras hacia arriba. Alrededor veían trozos de masa encefálica.

—Pero... ¿qué ha pasado? —jadeó Grant.

—Ssst.

Muy cerca de ellos la tierra reventó en crujiente surtidor, salpicándoles. Grant tuvo la sensación de que diminutas agujas se clavaban en su rostro. En el suelo habían brotado unas pequeñas chispas, y todo había crujido antes de que se oyera el rebote... Lo mismo sucedió apenas dos segundos después.

—Tenemos que alejarnos de esta zona —susurró Amanda.

—¿Nos están disparando con un rifle con silenciador?

—Desde luego. Y como no hay árboles te diré cómo lo están haciendo: nos han seguido en un coche, y ahora el tirador está subido en el techo, desde donde puede ver bien la zona... aunque no lo suficiente para distinguarnos mientras estemos tendidos en el suelo. A menos...

La siguiente bala hizo vibrar todo el coche, rebotando con agudo tañido. Y lo mismo la siguiente. Amanda se deslizó velozmente hacia el coche, se metió dentro, y salió a toda prisa con su maletín de viaje, regresando junto a Grant y jadeando:

—¡Date prisa, alejémonos de aquí!

—¿Por qué? ¡Si nos ve movernos...!

Otra bala rebotó contra el coche. La siguiente tuvo unos efectos inesperados, al menos para Grant Lovelace. Finalmente, el proyectil alcanzó el depósito de gasolina, y se produjo el sordo estampido y en seguida la gran llamarada que pareció retorcerse hacia el cielo con mechones negros de pestilente humo. Un súbito resplandor iluminó la zona, y Grant tuvo que comprender finalmente. Se puso en pie y echó a correr junto a Amanda. El áspero terreno crujía bajo

sus pies, y Grant pensó que Amanda iba a caer de un momento a otro, pues le parecía imposible que se pudiera conservar el equilibrio con zapatos de tacón alto...

Tras ellos, antes de que se alejaran de la zona iluminada, varias balas arrancaron surtidores de polvo y piedras. Pero finalmente, ambos se dejaban caer tras unos matorrales que quedaron interpuestos entre ellos y la luz lunar, y, por supuesto, convenientemente alejados de la zona iluminada por el resplandor del incendiado automóvil.

—La madre... que... los parió... —jadeó Grant.

Amanda no hizo comentario alguno. Muy pronto sus respiraciones se habían normalizado. El silencio era total, y a lo lejos veían el resplandor del incendio disminuyendo rápidamente. Luego, oyeron el rumor de un vehículo acercándose, y Grant lanzó una imprecación.

—Calla —aconsejó Amanda.

—¡Maldita sea, he perdido las dos pistolas, la de Gambley y la...!

—¡Calla!

Quedaron silenciosos los dos. El rumor del vehículo se fue acercando, y pronto vieron el brillo de la luna sobre la carrocería. El coche rodaba a oscuras, sin luces de posición siquiera. Bajo sus neumáticos el áspero terreno de campo libre crujía ahogadamente. Estaban lejos del camino que llegaba hasta aquella zona agreste en la que habían querido disponer de tranquilidad para interrogar a su prisionero.

—Nos están buscando —susurró Grant.

—¿Te quieres callar?

El vehículo se alejó, sin haberse acercado lo suficiente a los matorrales para que Amanda pudiera haber intentado abatir al tirador que iba sentado en el techo, y que vieron fugazmente un momento. Era fácil comprender que querían verlos a distancia, sin exponerse a una proximidad que les permitiera a ellos dispararles con pistola.

Tanto se había alejado el coche qué ahora el silencio era total. Grant Lovelace vio, desde su nueva posición, el lejano resplandor de Sídney, y movió la cabeza maravillado.

—¿Qué vamos a hacer? —masculló.

—Sugiere algo —dijo Amanda.

—Largarnos de aquí, aunque sea a pie. Y si no puedes caminar con esos zapatos te llevaré en brazos... Pero si nos quedamos en esta parte terminarán por encontrarnos. Aunque sea de lejos, nos verán. ¡Maldita luna...!

—La luna es romántica.

—No estoy para bromas, cachonda.

—Mi nombre es Amanda —reprendió ésta.

—Sea como sea, larguémonos. Con un mínimo de suerte, que bien nos la merecemos, podemos ir esquivándolos y alejándonos cada vez más, hasta que nos pierdan completamente la pista.

Una hora más tarde estaban completamente seguros de haberlo conseguido. Y otra hora después habían encontrado un camino que los llevó a la carretera, no sabían cuál, que se dirigía hacia Sídney, cuyo resplandor en todo momento les había servido para permanecer orientados. Con anterioridad habían visto y oído vehículos cerca de ellos en estrechos caminos, pero siempre habían preferido prescindir de ellos hasta tener la certeza de que los hombres de Pragma les habían perdido por completo.

Eran más de las doce de la noche cuando, accediendo a la petición de Amanda, el conductor que los había recogido los dejaba en la conexión con la autopista que conducía al aeropuerto de Kingsford Smith.

—Bonita situación —gruñó Grant—. No tenemos coche, ni pasaportes, ni dinero...

—Yo sí tengo dinero.

—Sí, bueno, y yo también, pero la cantidad importante se ha quedado en el hotel con los pasaportes, cuando entregamos éstos para...

—Yo tengo dinero —insistió Amanda, mostrando en alto su maletín—. Siempre llevo una buena cantidad en el fondo para emergencias, ya lo viste.

—Sí, es cierto —parpadeó Grant—. Eres una chica muy previsora. Pero me gustaría saber si llevas la cantidad suficiente para resolver esta emergencia.

—Yo creo que sí —sonrió Amanda—. Voy a ver si pasa algún vehículo que me lleve al aeropuerto. Tú quédate aquí, pues...

—Escucha un momento —farfulló Grant Lovelace—, ¿quién es

aquí el jefe? ¿Quién ha contratado a quién?

—No seas absurdo, Grant. No hasta este extremo, al menos. Una cosa es que hayas decidido tomarte esto como una... misión apostólica de salvador del redentor, y que ni siquiera se te ocurra besarme considerando que pretendes casarte conmigo cuando todo esto termine, y otra cosa es que adoptes actitudes trasnochadas.

—¡Actitudes trasnochadas! —Casi aulló el periodista—. ¡Has tenido que matar a un hombre por mi causa y me sales con ésas! ¡Yo tenía que haber matado a aquel sujeto del hotel, no tú!

—¿Sabes una cosa que no soporto?, —se encolerizó Amanda—. ¡Los machistas de tres al cuarto!

—¡Yo no soy un machista de tres al cuarto!

—¡Pues lo pareces! ¿Acaso tenías un arma en el hotel? ¿Acaso podías esperar que Pragma actuase tan rápidamente? Y otra cosa, so pelma: ¿no soy yo una detective con recursos, mientras que tú eres un intelectual lleno de buena fe? Escucha bien esto, Grant Lovelace: tal vez, y digo tal vez, me case contigo cuando esto termine o simplemente me meta en tu cama para hacer el amor hasta morir de gusto o hasta que me dé la gana... Tal vez. Pero lo que no haré nunca será soportar a un bobo que no entiende que cada persona tiene que hacer aquello para lo que está mejor preparada. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero...

—¡Pero narices! Yo no me meteré en tu terreno y tú no te meterás en el mío. ¿De acuerdo?

—Amanda, lo que yo pretendo...

—No seas tonto —murmuró ella, echándole los brazos al cuello y besándole dulcemente en la boca—. Sé lo que pretendes, y te lo agradezco. Sé que si llega el momento darás la vida por mí, pero ese momento no ha llegado. Ahora, en este momento, lo que nos conviene a los dos es que tú te quedes por aquí mientras yo voy al aeropuerto. A ti te conocen, y a mí no. O al menos no han podido verme bien, puedo engañarlos. De modo que esperas aquí, y punto... ¿De acuerdo?

—De acuerdo —masculló Grant Lovelace.

Casi dos horas más tarde, un Land Rover aparecía acercándose al lugar donde Grant Lovelace había quedado esperando. El vehículo llegó junto a él, que se quedó mirando hoscamente al conductor: Amanda Kevin, la cual le contemplaba sonriente.

—Perdone, amigo —dijo ella— ¿está usted tomando baños de luna o haciendo auto-stop?

—¿De dónde has sacado este Land Rover? ¿Lo has robado?

—Me lo ha prestado un amigo.

—No me digas.

—Vamos, sube. Nos están esperando en el aeropuerto para llevarnos a Vanua Levu.

Grant, que había dado un paso hacia el Land Rover, pareció quedar de pronto clavado en el suelo.

—¿A Vanua Levu? —exclamó—. ¡Pero eso está en el quinto infierno!

—Sé dónde está la isla de Vanua Levu. Es la segunda en importancia de las trescientas y pico que componen el archipiélago de Las Fidji. Por cierto que tengo entendido que han convertido la isla en una masiva plantación de caña de azúcar, lo que me parece muy mal, pues...

—¡Estamos a más de tres mil kilómetros de Vanua Levu! —aulló el periodista.

—No hay problema, cuando se dispone de un buen avión.

—¿Cómo demonios vamos a poder viajar en avión ni de ninguna otra manera si no tenemos pasaportes?

—He encontrado un vuelo chárter. Bueno, algo parecido... ¿Quieres subir de una vez?

Grant Lovelace se sentó junto a Amanda, que emprendió el regreso a la autopista que conducía al aeropuerto.

—Muy bien, ya he subido —gruñó él—. Explícame todo eso, ¿quieres?

—Es muy sencillo. He encontrado en el aeropuerto un amigo que tiene una avioneta con la que hace transportes de mercancías y pasajeros en servicios especiales, y hemos llegado a un acuerdo... satisfactorio para ambos. Resulta que precisamente tenía que partir hacia Vanua Levu a las seis de la mañana con una carga que le han pagado muy bien y recoger allá no sé qué otra carga. Total, que hasta las seis de la mañana podemos dormir en la avioneta; y a esa

hora partir hacia Vanua Levu, adonde llegaremos aproximadamente a las cuatro de la tarde.

—Sencillísimo —salió de su pasmo Grant—. Pero dime una cosa: ¿qué vamos a hacer nosotros a Vanua Levu?

—Es la única pista que tenemos.

—¿Pista? ¿Qué pista? ¿Qué tiene que ver Vanua Levu con todo esto?

—¿Has estado alguna vez en la isla de Taveuni?

—No.

—Está apenas a diez kilómetros al sudeste de la de Vanua Levu... Su superficie ni siquiera alcanza los quinientos kilómetros cuadrados, y su población es de unos diez mil habitantes como mucho. Tiene forma alargada, y es toda ella una cadena volcánica, con montañas que alcanzan en ocasiones los mil metros de altura o poco menos. Es algo así como un pequeño paraíso como ya quedan pocos, con flores, cascadas, acantilados en una parte de la isla, hermosas playas en la otra... Es un estado independiente miembro de la Commonwealth. Todo esto me lo ha dicho mi amigo del aeropuerto.

—Atiza —logró salir de su pasmo Grant Lovelace—. Pero bueno, ¿qué pasa con Taveuni?

—Es la isla del ayer y del mañana. Por ella pasa el meridiano 180°, antípoda del de Greenwich, en el Reino Unido. Y lo hace de tal modo que divide la isla en dos en una parte es ayer, en la otra es mañana. Si estás en la parte este del meridiano es ayer; si pasas a la parte oeste, ya estás en mañana. Hay un pequeño monumento en la isla que así lo indica.

—Chocante —había vuelto a entrar en pasmo Grant—. ¿Y qué tiene todo eso que ver con lo nuestro, insisto?

—Simplemente, me acordé de la adivinanza.

Grant Lovelace parpadeó. De repente, puso cara de comprender, y acto seguido exclamó:

—¡No puede ser!

—¿Por qué no? —Le miró un instante Amanda Kevin.

—Bueno, sí... Tal vez. Recuerdo que aquel tipo me dijo que yo merecía que me llevasen a la isla y me echasen a un corral..., y cuando le pregunté de qué isla estaba hablando me puso la adivinanza: ayer no era usted nada, mañana será un cadáver...

—Es decir, que mencionó una isla y la leyenda ayer y mañana.

—Pero esto... ¡es increíble! ¡Esta pista está cogida por los pelos!

—¿Se te ocurre algo mejor?

—No... Es decir, se me ocurre que tal vez nos estamos complicando demasiado la vida, sobre todo tú, y que... quizá lo mejor sería avisar a la policía: ¿No se te ha ocurrido hacerlo?

—No. Pero si quieres lo hacemos. En realidad. —Amanda volvió a mirarlo— todo depende de la clase de periodista que seas..., aunque a nadie puede gustarle que le tomen como blanco en una cacería, claro.

—¿Y qué me dices de ti?

—Nosotros ya hicimos un trato. Si tú quieres seguir adelante, yo también. Podemos hacer dos cosas. Una: avisar a la policía australiana de lo que ha sucedido y desentendernos del asunto. Dos: seguir con él, que para eso salimos de Estados Unidos, y volar a Vanua Levu, donde mi amigo nos conseguirá una lancha para que podamos trasladarnos por nuestra cuenta a Taveuni, la isla del ayer y del mañana.

—Pero... no conocemos a nadie en Taveuni, no sabemos nada de nada, no conseguimos ningún nombre, ningún dato concreto...

—Tenemos una pista formidable.

—¿Sí? —La miró vivamente Grant—. ¿Cuál es?

—Nosotros mismos.

—¡Oh, no! —Comprendió en el acto el periodista—. ¡Otra vez exhibirme como carnada, no!

—Pues vamos a la policía.

—Maldita sea mi estampa —refunfuñó Grant Lovelace—. No pienso ir llorando a la policía ni a nadie. Pragma se ha metido conmigo, ¿no es así? Pues aunque yo no sea precisamente el gran aventurero quiero demostrarle a quien sea que es mejor no molestarme.

—Aleluya —rió Amanda Kevin—. Bueno, Grant, ya sé que no es valor lo que te falta, pero piénsalo bien: si realmente Pragma tiene alguna base en Taveuni nosotros dos vamos a estar en clara inferioridad de condiciones.

—Bueno —la miró ahora él irónicamente—, si tú tienes miedo puedes quedarte en Australia, buscando canguros, que tanto te gustan.

—Me parece —suspiró Amanda Kevin— que los dos somos bastante cabezotas, y que no tardaremos mucho en avistar la isla del ayer y del mañana.

CAPÍTULO V

Era hermosísima.

Aparecía a lo lejos como una masa de vegetación exuberante flotando en el mar. Luego se veía la tierra blanquecina, y al poco se adivinaba ya la forma cónica de los volcanes pretendidamente extintos. Era una isla resplandeciente, y Amanda Kevin, que la contemplaba utilizando los prismáticos incluidos en el alquiler de la lancha, se sentía verdaderamente sobrecogida por su belleza.

—¿Es ésta? —preguntó Grant, que pilotaba la lancha.

—No puede ser otra, considerando nuestro rumbo. La distancia es tan corta que tenemos que darnos de narices con Taveuni cruzando el Estrecho de Somosomo. Echa un vistazo tú ahora.

Amanda tomó los mandos y entregó los prismáticos a Grant, que miró hacia la ya cercana isla. Vio en la distancia tres pequeñas localidades, y murmuró:

—Según el mapa, estoy avistando las localidades de Somosomo, Wayevo y Tavuki. Creo que lo mejor sería ir a Wayevo, la de en medio, pues así tenemos más probabilidades de ser vistos por alguien que sienta interés por nosotros. Todo esto es increíble.

Lo parecía, al menos. Habían llegado a Naindi, en Vanua Levu, casi a las cinco de la tarde, y el amigo de Amanda, un tal Wilson, les había indicado dónde podrían alquilar una lancha, e incluso les había dado el nombre de un tipo que les proporcionaría una aceptable y a buen precio. Y así había sido. Ahora, tras un vuelo resplandeciente de más de tres mil kilómetros y una corta navegación, estaban cerca de la costa oeste de Taveuni, la isla del ayer y del mañana.

—Esto es increíble —murmuró de nuevo Grant Lovelace.

—Sí —admitió Amanda—. Es un lugar bien diferente a Chicago

o Nueva York.

—No hablo solo de eso... No sé, parece que esté soñando. La visión de esa isla me ha impresionado como pocas cosas en la vida.

—Vistas más de cerca siempre decepcionan un poco..., pero hay que admitir que todavía son lugares hermosos de los pocos que quedan. Esperemos que podamos contarlos.

No tardaron más de veinte minutos en llegar a las tranquilas aguas de la playa de Wayevo. Ésta era un lugar encantador, con construcciones típicas con tejado de rama, pero también con hermosas construcciones cuya finalidad no parecía admitir dudas: el turismo. Lo cual hizo mascullar a Grant Lovelace una fea imprección. El sol poniente, descendiendo a toda prisa, llegaba por la espalda de ellos, iluminando en breve rojo oscuro Wayevo y las cadenas montañosas del centro de la isla, cubiertas de densa vegetación.

—Bueno —terminó por mover la cabeza el impresionado Grant—, ya que de todos modos hemos de morir un día u otro yo diría que este lugar no es precisamente el más desagradable.

—No —rió Amanda—, pero yo creo que es mejor lugar para vivir que para morir.

—Con el permiso de Pragma... —Frunció el ceño Grant—, porque si realmente están aquí, y éste es su terreno, yo diría que nuestras vidas están en sus manos... ¡Hace falta estar loco para hacer lo que estamos haciendo nosotros! Porque, vamos, se puede amar una profesión, pero... esto ya es masoquismo.

Amanda Kevin se limitó a sonreír. Echaron el anclote relativamente cerca del embarcadero de Wayevo; y presenciaron en silencio el rápido anochecer tropical. Cuando fueron a darse cuenta ya era de noche. Frente a ellos, las luces del poblado parecían invitarlos al acercamiento.

—Yo creo que es mejor que esta noche nos quedemos en la lancha —dijo Grant—. Tenemos provisiones y sitio para dormir. Ya nos daremos una vuelta por Wayevo mañana por la mañana, para que nos vean bien. ¿Estás de acuerdo?

—Desde luego —asintió Amanda—. Además, estoy lo bastante cansada para no tener ganas de otra cosa que cenar algo y acostarme... ¡Espero dormir más de doce horas seguidas!

Pero no fue así.

Lo supo precisamente cuando despertó de pronto, súbitamente alerta, pero algo adormilada. No se oía nada salvo el rumor del mar. La lancha oscilaba suavemente, y su proa crujía con leves roces contra el mar. ¿Estaban navegando? ¿Cómo era posible, si no se oía el motor?

Por la portilla de estribor entraba el resplandor de la luna, de modo que Amanda podía ver perfectamente a Grant en la litera contigua, dormido profundamente. Se sentó en la suya, y se inclinó hacia Grant, al que zarandeó suavemente.

—Grant —susurró—. Grant.

Éste abrió los ojos. Volvió la cabeza, y vio a Amanda sentada, separada de él por el apenas existente pasillo entre las dos literas. El periodista giró, y se sentó rápidamente frente a ella, quedando sus rodillas cruzadas con las de Amanda.

—¿Qué pasa? —inquirió con voz densa, dormida.

—Parece que estemos navegando.

Grant ladeó la cabeza, miró hacia la portilla, miró de nuevo a Amanda, y movió la cabeza. Acto seguido se puso en pie, y se dirigió a la doble puerta del diminuto camarote de proa. Amanda sacó la pistola de debajo de su almohada, y le siguió.

Vieron la otra lancha, más grande, apenas aparecieron en cubierta. Iba por delante de ellos, quizá a unas veinte brazas, y tampoco se oían sus motores. Pero distinguieron perfectamente las siluetas de dos hombres manejando dos amplios remos. Les pareció que aquello no podía ser verdad, pese a la evidencia: alguien había buceado para recoger su anclote del fondo, o quizá se había limitado a tirar de la cuerda para recuperarlo, y con el mismo cabo los habían amarrado a la otra lancha, que los estaba remolcando. El mar se veía hermosísimo a la luz de la luna.

De pronto, desde la lancha que los remolcaba les llegó una voz:

—Sigan durmiendo, y por la mañana serán atendidos como merecen. Están ustedes en poder de Pragma.

Grant Lovelace masculló algo. Amanda miró su pistolita, y movió la cabeza con un gesto de desaliento. Todavía no se habían decidido a regresar al interior de la lancha cuando los motores de la

otra fueron puestos en marcha, ahora que ya no era necesario el disimulo ni el silencio. La otra lancha arrancó, y pronto adquirió una notable velocidad, arrastrándolos como si su lancha fuese una cascara de nuez.

Habían estado buscando a Pragma, y la habían encontrado.

* * *

El embarcadero estaba en una playa que simplemente parecía un sueño de belleza y armonía. Blancas arenas, esbeltos cocoteros, aguas de una limpidez increíble, una leve brisa que formaba miles de diminutas olas que iban llegando cantarinamente.

Amanda y Grant habían conseguido dormir, y ahora, poco después del amanecer, contemplaban el embarcadero y la playa ante la cual su lancha había sido anclada de nuevo. No parecía que nadie les estuviese vigilando, pero ambos sabían que tan sólo la idea de la fuga era absurda. En el embarcadero estaba la otra lancha, que los alcanzaría en un abrir y cerrar de ojos. Decidieron desayunar, y luego subieron a cubierta a la espera de acontecimientos.

Éstos se produjeron hacia las diez de la mañana, cuando ya el sol estaba muy alto. Era un día de cálida humedad. El cielo era diáfananamente azul. En el embarcadero apareció un automóvil Ford, que encajaba allí lo mismo que una verruga en el rostro de una princesa. Del coche se apeó un hombre de raza blanca, que hizo señas hacia la lancha.

—¡Vengan aquí! —ordenó—. ¡Les están esperando!

Grant Lovelace recogió el anclote, y con el remo impulsó la lancha hasta el embarcadero, al cual habían saltado un par de nativos que habían permanecido hasta entonces en la lancha grande, y que se hicieron cargo de la suya. El tipo del coche se había acercado, y les contemplaba con sonriente ironía. Era de mediana estatura, delgado, muy moreno, de ojos claros como las aguas del mar.

—Pueden llamarme Simpson —dijo en inglés americano—. Vamos a dar un pequeño paseo por la isla antes de ir a ver a Pragma.

—¿Pragma es una persona? —preguntó Grant.

—Claro. ¿Qué otra cosa?

—Pensábamos que era una organización —dijo Amanda.

—Sí, lo es. Y el hombre que la dirige ha tomado su nombre. Bueno, les enseñaré la isla. ¿Conocen el lugar del cambio de día?

—No —gruñó Grant.

El llamado Simpson sonrió, mirando con curiosidad manifiesta a Amanda, que a su vez le miraba con cierta socarronería. Ella fue la primera en entrar en el coche, a cuyo volante había un hermoso nativo gordo y sonriente. Grant se sentó junto a Amanda, y Simpson delante, junto al nativo, que arrancó.

—Francamente —dijo Simpson—, no sabemos si lo suyo es valor o locura, señor Lovelace. Y no digamos lo de la señorita... Si me obligasen a definirlos yo diría, desde luego, que los dos están chiflados por haberse atrevido a llegar hasta aquí... solos.

—Pero avisamos a la policía australiana —dijo Amanda.

—Claro que no —rió Simpson—. Ustedes no han avisado a nadie, pues de haber sido así ya habrían intervenido cuando anoche los secuestramos con lancha incluida. Como comprenderá, hemos estado vigilando bien y asegurándonos mucho de que podíamos hacer contacto directo con ustedes para llevarlos ante Pragma, que desea conocerlos. Especialmente a usted, señorita, pues se ha enterado de que es muy hermosa. Ah, estamos llegando al lugar... Para un momento en la cruz, Kiolo.

El automóvil se detuvo al poco, y Simpson se apeó. También lo hicieron Grant y Amanda, y se quedaron mirando el lugar. Recortada contra el cielo y el mar, con éste y una achatada isla en la distancia como fondo, estaba la esbelta cruz de largos brazos, en uno de los cuales constaba la inscripción yesterday y en el otro tomorrow. Ayer y mañana: Frente a la cruz había un pequeño obelisco blanco con una placa...

—Justamente por el palo de la cruz pasa el meridiano ciento ochenta —explicó Simpson—. ¿No es curioso? Si se pone usted a la derecha de la cruz está en mañana; si se pone a la izquierda, está en ayer... ¿No es algo verdaderamente curioso el tiempo?

—Tan curioso —le miró apaciblemente Amanda— que muchas personas ni siquiera entenderían esto del ayer y del mañana, señor Simpson.

—Bueno, pues que estudien Geografía —rió Simpson—. No es

tan difícil, y así sabrían qué es todo eso de los meridianos, los paralelos, la longitud y la latitud, y las medidas de tiempo que cada grado, minuto y segundo determinan. ¿No están de acuerdo?

—No todo el mundo puede estudiar —murmuró Amanda—. Hay millones de personas en el mundo que ni siquiera saben que la Tierra es más o menos redonda.

—Ésa es la cuestión: la ignorancia de la gente —rió Simpson de nuevo.

Cerca de la cruz había tres cocoteros cruzándose y formando parte del bellísimo fondo marino y celestial. Grant Lovelace, que había estado como absorto con este espectáculo, miró aviesamente a Simpson de pronto.

—¿Qué quiere usted decir? —Gruñó.

—Tal vez Pragma se lo explique —eludió Simpson la respuesta.

La tierra era roja y apretada. El mar y el cielo ofrecían diferentes tonalidades de azul. Aquél era un lugar insólito. Ayer y mañana. Bien, pero... ¿y el hoy? Si estabas a este lado de la línea del tiempo era ayer, si estabas al otro lado era mañana. ¿No había hoy?

—Es realmente chocante —murmuró Amanda siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—¿El qué? —La miró Grant.

—Me pregunto si hay algo que tenga más valor que el hoy. Sin embargo, en esta isla se habla solamente de ayer y de mañana.

—Hoy —dijo Simpson— es el momento de preparar el mañana. Sólo eso. Y será mejor que continuemos. No quisiera hacer enfadar a Pragma.

Regresaron al coche, y Kiolo puso de nuevo el motor en marcha... Tardaron solamente veinte minutos en llegar al lugar, una hermosa colina que parecía suspendida sobre el mar, alfombrada de helechos y flores rojas, y por la que se deslizaba una hermosísima corriente de aguas cristalinas que iban a caer en un remanso para luego seguir hacia el cercano mar. Posiblemente ningún lugar del mundo podía parecerse más a la idea estereotipada del Paraíso. Había aves exóticas, rumor de agua, belleza de flores y cielos...

Y allí estaba Pragma.

Le vieron apenas llegaron al remanso donde caía la cascada, lugar al que llegaron a pie acompañados por Simpson mientras

Kiolo conducía el coche hacia el conjunto de sencillas construcciones ubicadas bajo los cocoteros y los grandes helechos.

Pragma se hallaba completamente desnudo, y su cuerpo ofrecía el bello espectáculo de un bronceado completo y profundo. Medía casi dos metros de estatura, era hercúleo, barbudo, melenudo, poderoso, impresionante. Había abundantes canas en su cabellera y su barba. Al verlos se puso un de hermoso y vivo colorido, y acudió a su encuentro, caminando despaciosamente.

Su rostro era firme, enérgico, sombrío. Espesas cejas, grandes ojos oscuros, labios gruesos y duros, mandíbula prognática, pómulos marcados. Se detuvo ante ellos, que también se habían detenido, y miró despacio e inquisitivamente a uno y otra.

—Ustedes dos —dijo en perfecto inglés— me han ocasionado pequeños trastornos, pero su personalidad me interesa. No son lo que podríamos llamar personas normales, pues las personas llamadas normales carecen de valor.

—Todas las personas normales —replicó Amanda Kevin— tienen los mismos atributos y cualidades, Quienes no son como nosotros son los anormales.

—Interesante punto de vista que quizá en otro momento constituya el tema de una larga y apasionada discusión —comentó Pragma—. Aunque de momento puedo decirle que estoy totalmente de acuerdo con usted, señorita Kevin. Se llama usted así, ¿no es cierto?

—Puesto que ya investigó en el hotel de Sídney sabrá que sí.

—Sí. Lo que no sé es qué le une a usted con el señor Lovelace.

—El amor —dijo Grant— ella es mi guardaespaldas y mi amante.

Pragma le miró, parpadeó lentamente, y luego asintió con un gesto, señalando acto seguido hacia el pequeño núcleo de construcciones.

—Ustedes han hecho un largo viaje en busca del hombre al que llaman «Masih», y voy a tener la amabilidad de permitirles que lo vean. Tal vez luego podamos cambiar impresiones sobre él.

—Se diría que eso no tiene objeto —replicó Grant—, ya que usted lo considera un farsante.

—Lo consideraba un farsante —murmuró Pragma—. Un farsante molesto, pero farsante. Ahora he cambiado de opinión sobre él.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Amanda.

—Quiero decir que tal vez... tal vez ese hermoso joven pueda ser... un Mesías, de un modo u otro.

—Entonces cabe esperar que lo pondrá en libertad...

—Por el contrario, señorita Kevin. Más que nunca lo retendré en este lugar... para siempre, pues la verdad es que ahora no me atrevo a matarlo, que es lo que inicialmente pretendía hacer.

—¿Y eso por qué? —Gruñó Grant—. ¿Qué daño le había hecho a usted «Masih»?

—Todavía ninguno, pero... empezaba a hacerlo. Digamos que empezaba a sembrar ya las semillas que podían germinar nocivamente para Pragma.

—¿Qué daño podía hacerle a usted ese joven? —preguntó Amanda.

—No a mí personalmente —la miró sombríamente Pragma—. Yo no soy Pragma, señorita Kevin: sólo la represento, y para ello he tomado su nombre, como es lógico. Pero Pragma..., la verdadera Pragma, es algo mucho más... grande que yo, es algo tan amplio, de tanta envergadura, que seguramente ustedes no lo entenderían.

—Si aquí hay algún tonto debe ser usted —dijo agresivamente Lovelace—. Nosotros estamos capacitados para entender todo lo que se nos explique bien, se lo aseguro.

—¿De veras? Bien, en ese caso voy a explicarles, de forma resumida, qué es Pragma. Y fíjense que he dicho QUE, no QUIEN. Pragma es una organización de ámbito mundial, integrada por muchas personas, todas ellas pertenecientes a las más altas esferas del dinero y del poder que, naturalmente, desean continuar manipulando a la Humanidad, para seguir aprovechándose de ella. Hasta ahora, con cientos de mentiras bien urdidas y manejadas, Pragma gobierna el planeta Tierra y a sus habitantes de un modo relativamente fácil, haciéndoles creer lo que a Pragma le conviene que crean, haciéndoles vivir como a Pragma le conviene que vivan... Y ahora aparece un jovenzuelo dirigiéndose a esa gente manipulada y engañada y diciéndoles cosas que pueden abrir los ojos a la masa, cosas que Pragma no desea que sean dichas, pues tan sólo con que impulsen a pensar ya son perjudiciales para nosotros, pues a la larga, ese... germen de pensamiento diferente al que nosotros queremos que exista en la gran masa humana podría

desarrollarse y enfrentarse a nuestras directrices que nos permiten explotar a todos los seres humanos. ¿Lo han entendido?

—Lo hemos entendido —dijo Amanda—. Y eso es muy viejo... Ya sabemos que la Humanidad está manipulada por grupos de poder. Incluso en otras ocasiones he tenido noticia de grupos como el de usted.

—Puedo asegurarle, señorita Kevin —la miró irónicamente Pragma—, que no hay ningún parecido entre Pragma y cualquier otro grupo director de la Humanidad. Nosotros nos diferenciamos de todos..., sin descartar la posibilidad de que algunos de esos grupos a los que usted alude sean o fuesen... simples ramificaciones de Pragma. En cualquier caso, como le digo, Pragma es única, precisamente por su sistema operatorio. Porque por ejemplo, Estados Unidos dispone de las armas como instrumento disuasorio: si alguien se le desmanda envía allá su flota o sus marines, o le lanza unos cuantos misiles... y asunto terminado. ¿Se da cuenta? Siempre se procede a la masacre humana. Nosotros no hacemos eso.

—¿Qué hacen ustedes?

—Nosotros, en lugar de molestarnos en fabricar armas, que por otra parte resultan carísimas, preferimos tener controlada a la Humanidad por medio de su propia mente. Así, los... educamos desde el principio en ideas y actitudes vitales que nos convienen a nosotros, y con ello, es decir, por medio de sus propias mentes manipuladas, los tenemos controlados y dominados. Consecuencia de ello: nos ahorramos mucho dinero en armas, las consiguientes molestias, y disponemos siempre de mucho material humano trabajando para que nuestros más altos dirigentes, los verdaderos amos y directores de la *Pragma Organization*, vivan como auténticos reyes en un mundo exclusivamente suyo. Fíjese que el hecho de controlar a la Humanidad por la mente incluso nos evita... los riesgos nucleares. Porque como usted comprenderá si se entabla una guerra nuclear mundial ni siquiera los amos de Pragma estarían totalmente a salvo, ¿verdad? Siempre existiría el riesgo, pese a sus refugios especiales y a sus todavía más especiales naves de fuga al espacio, de que una de esas explosiones nucleares, térmicas, víricas o neutrónicas los alcanzase, exterminando a buena parte de ellos cuando menos. ¿Por qué correr riesgos? Fuera armas. A fin de cuentas, la Humanidad es tan necia, tan fácil de manipular por

medio de sus propias mentes, que las armas no son necesarias..., cuando se les sabe manipular. Y en esto estamos, consiguiendo cada vez resultados más satisfactorios, es decir, atontando cada día más a toda la Humanidad, cuando aparece un... muchachito gritando precisamente advertencias contra nuestras manipulaciones, contra nuestras mentiras contra el... escarnio mental y físico a que los tenemos sometidos a todos. Como usted comprenderá, digo, no podíamos permitir que ese muchacho continuase comunicándose con la gran masa manipulada y tontísima. De modo que lo retiramos de la circulación para eliminarlo, tras estudiarlo un poco, tras interrogarlo respecto a quién, cómo y cuándo le facilitó a él esa información que estaba utilizando para acusarnos y desenmascarnos.

—¿Y quién le facilitó esa información? —murmuró Amanda.

—Nadie. Eso es lo realmente asombroso. Lo sometimos a tortura, y sabemos que no nos mintió. Él dijo que era todo una... revelación divina, y, evidentemente, al menos en lo que a mí respecta, es cierto.

—De modo —deslizó Grant— que tras su relación con «Masih» incluso usted admite que puede ser el Mesías.

Pragma se detuvo, fruncido el ceño, evidentemente preocupado.

—Bueno —murmuró—, lo que sí sé es que... no quisiera ser yo quien lo matase o volviera a lastimarlo.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? —preguntó suavemente Amanda—. Es casi tanto como admitir que realmente «Masih» es de procedencia... divina, de un modo u otro.

—Les voy a permitir verlo, estar con él —susurró Pragma—, y ya me dirán luego qué opinan sobre ese... muchacho.

—¿Nos está utilizando como asesores o consejeros? —preguntó Grant Lovelace—. Esto sí que resulta divertido.

—Para ustedes, señor Lovelace, esto no tiene nada de divertido, porque como no son... en nada parecidos a «Masih», a ustedes sí que los voy a exterminar, sin trauma o temor alguno. Es sólo que me pareció que después de tanta molestia y tanto viaje bien se merecía usted ver al muchacho. Pero si no desea verlo y hablar con él a mí no me importa.

—Claro que queremos verlo y hablar con él —saltó Amanda.

—En ese caso —señaló Pragma hacia las construcciones, a las

que se habían ido acercando— solo tienen que entrar en su cabaña. Tal vez luego quieran conversar conmigo... A fin de cuentas, sería un modo de prolongar su vida.

Se quedó mirándolos con maligna sonrisa. Grant y Amanda prescindieron de él, y continuaron hacia el pequeño poblado. En la puerta de una de las cabañas alzadas sobre pilares de madera había un montón de flores, y se dirigieron sin vacilar hacia ella. Muy cerca, vigilantes pero al parecer no muy tranquilos, vieron no menos de cinco hombres, dos de ellos blancos y los restantes nativos, pero todos ellos armados de modernísimos rifles... Como siempre, el Hombre estropeaba la belleza del lugar.

—Estoy segura de que está en la cabaña de las flores —musitó Amanda Kevin.

—Desde luego —asintió Grant—. Ya se me había ocurrido. Vamos allá.

CAPÍTULO VI

Estaba, en efecto, en la cabaña de las flores.

Lo encontraron sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y la actitud ausente, la mirada serena. El resplandor del sol dentro de la cabaña hacia resaltar las señales de los golpes que había recibido, y destacaba especialmente en su hermoso y juvenil rostro la carne rota en los pómulos y las cejas. Evidentemente, el Joven David no lo había pasado bien, en manos de Pragma.

No reaccionó cuando ellos entraron, y tras mirarse entre sí Grant y Amanda decidieron esperar. Ambos se sentaron también en el suelo frente a «Masih», y se quedaron observándolo. El muchacho estaba desnudo a excepción de un blanco lienzo que hacía las veces de taparrabos; tenía una musculatura fina, una complexión atlética pero suave. Era hermoso, y había en sus quietos ojos un resplandor poco frecuente...

De pronto parpadeó, pareció recuperar la mirada perdida en remotas zonas del espacio o de la Vida, y miró a una y otro. En seguida apareció en sus labios una sonrisa tierna y simpática.

—De modo que han conseguido encontrarme —dijo.

—¿Qué? —exclamó Amanda.

—Ustedes son las dos personas que me estaban buscando.

—¿Qué quieres decir? —Gruñó Grant—. ¿Qué sabías que te estábamos buscando?

—Sé incluso quiénes son ustedes —seguía sonriendo «Masih»—. Les agradezco mucho su interés por mí, señor Lovelace, pero no han debido molestarse ni arriesgarse por mí.

Grant y Amanda estaban verdaderamente estupefactos. Ella fue la primera en reaccionar, preguntando:

—¿Quieres decir que nos conoces? ¿Sabes también quién soy

yo?

—Por supuesto, señorita Kevin.

—¿Cómo es posible que nos conozcas? —murmuró Grant—. Jamás antes nos habías visto, y no creo que esta gente te haya estado informando sobre nuestra existencia y nuestras intenciones.

—Claro que no. Pero yo los he visto a ustedes acercarse a mí. Es muy sencillo. Del mismo modo que percibo el mal percibo el bien. Y a ustedes les he percibido como el bien acercándose a mí. Simplemente cierro los ojos, y mi mente ve mucho más allá y sabe muchas más cosas que los ojos físicos... De modo que supe quiénes se acercaban a mí, quiénes me estaban buscando no para su propio beneficio, sino para beneficio de todos.

—Francamente, no sé qué decir —gruñó Grant.

—Yo tampoco —aseguró Amanda Kevin—. Es decir, sólo se me ocurre que esa facultad de usted es lo que suele llamarse clarividencia.

«Masih» encogió los hombros.

—Hay muchas facultades en mí que reciben de ustedes nombres arbitrarios. Y quedan otras muchas facultades que nadie conoce... todavía como características normales del ser humano... no deteriorado. Porque el ser humano está tan deteriorado que precisa de una revisión a fondo a fin de volver a sus orígenes divinos. Debemos proceder a un... lavado de cerebro que permita al ser humano recuperar sus verdaderas facultades. Imagínense ustedes un bello jarrón de porcelana rebozado en fango o excrementos... Su aspecto resultaría repugnante, y nadie podría adivinar cuánta belleza se escondía bajo los excrementos o el barro. Entonces, sería preciso lavar el jarrón a fin de que brillase con toda su belleza auténtica a la luz del sol. Lo mismo está ocurriendo con el Hombre: en estos momentos es... como un jarrón de porcelana rebozado en excrementos. Estoy seguro de que me han entendido.

—Por supuesto —asintió Grant—. ¿Quién eres tú?

—¿Mi nombre norteamericano? —sonrió ampliamente «Masih»—. Me llamo Edward Crayton, y nací en una pequeña localidad de Nebraska, hijo de un granjero siempre pobre y una hermosa mujer que le amó, me tuvo a mí de él, y falleció. ¿Contesta esto a su pregunta; señor Lovelace?

—Contesta a la inicial intención de mi pregunta —farfulló Grant

Lovelace—, pero en realidad quería preguntar otra cosa.

—Ya. Usted quería preguntar si yo era... hijo de Dios —«Masih» emitió una suave y dulcísima carcajada—. Claro está que no, señor Lovelace. Es decir..., no del modo en que la gente entiende eso de «hijo de Dios». Lo que sí puedo asegurarle es que, por lo que sea, mi línea de vida y de comprensión de la Vida es diferente a la de los mortales que me rodean. Si va a preguntarme por qué y cómo es posible esto sólo puedo decirle que no lo sé... Y precisamente ése es el motivo de mis cavilaciones, reflexiones y meditaciones. Tengo la esperanza de que conseguiré hallar la respuesta, la explicación a mis sensaciones interiores que me hacen sentirme... diferente a los hombres actuales, a los hombres que piensan como se piensa ahora, es decir, mala, equivocadamente.

—Una cosa parece cierta —murmuró la señorita Kevin— has convencido a Pragma de que eres poco menos que hijo de Dios.

—Sólo lo soy en el sentido de pertenecer a Su Creación, como todos los demás hombres y como todo cuanto existe.

—Él está convencido de que eres el Mesías —dijo Grant.

—Tal vez lo sea —parecía perplejo el muchacho—. Lo que sí sé con certeza es que debo vivir para decirles a todos muchas cosas que ahora mantienen sepultadas, y otras nuevas que deberán ser atendidas y obedecidas... Sí, tal vez yo sea «Masih»..., pero no he venido a utilizar mi peculiar personalidad para obtener privilegios, sino para servirles a todos... como la nueva luz del pensamiento.

—Mucho me temo —deslizó Amanda Kevin— que ninguno de nosotros vamos a servir de nada a nadie, pues Pragma nos eliminará muy pronto. Yo tengo una pequeña pistola escondida en el seno, pero no es suficiente para dominar a los vigilantes de este lugar... Ellos lo saben, pues ni siquiera se han molestado en registrarnos.

—Usted —la miró fijamente «Masih» con ojos resplandecientes— está hablando de violencia.

—Si hemos de intentar escapar no tendremos más remedio que recurrir a ella.

—No será necesaria. Podremos marcharnos en cuanto yo quiera. He podido hacerlo en cualquier momento.

—¿Y por qué no lo has hecho? —Frunció el ceño Grant—. Te habrías ahorrado malos ratos, ¿no te parece?

—Sucedre sólo lo que ha de suceder —encogió los hombros

«Masih»—. Y unos cuantos golpes no significan nada para mí, salvo la experiencia del dolor físico y la oportunidad de estudiar directamente esa... extraña facultad del Hombre para hacer el Mal, de tan diversos modos, entre los cuales destaca muy poco la crueldad física. Hay crueldades peores, como la de anular las facultades pensadoras del ser humano. Pero eso ya lo arreglaremos. Ahora debemos marcharnos. Me habría marchado antes, pero al saber que ustedes me estaban buscando decidí esperarles.

—¿Nos has estado esperando? —entornó los párpados Amanda Kevin—. ¿Significa eso que podías haberte marchado de aquí antes?

—Desde luego.

—¿Cómo podríais haber escapado? Hemos visto cinco o seis hombres armados ahí fuera, de modo que la fuga no me parece factible en estos momentos. Más difícil te habría resultado a ti estando solo y desarmado, así que dínos: ¿cómo podrías haberte marchado?

—Simplemente, marchándome. Y ha llegado el momento:

«Masih» se puso en pie. Amanda y Grant lo miraron todavía sentados en el suelo, y finalmente se pusieron también en pie. Amanda sacó la pistolita, pero «Masih» movió la cabeza y rechazó:

—Guarde eso. Usted ya ha matado suficiente, señorita. A partir de ahora debe considerar la vida humana como algo que usted jamás debe volver a exterminar. Jamás, bajo ningún concepto. Así pues, usted va a ser la primera persona a la que habré iniciado en el nuevo sistema de vida de Amor y Bondad. Por favor, guarde su arma, y destierre para siempre de su mente toda manifestación de violencia.

Amanda Kevin estuvo de nuevo unos pocos segundos contemplando profundamente a «Masih», y, de pronto, volvió a esconder la pistolita entre sus senos. El muchacho sonrió, señaló la puerta de la cabaña, y se dirigió hacia allí. Amanda y Grant cambiaron una mirada, y fueron tras él. Salieron los tres a la luz del resplandeciente sol. En seguida vieron a dos de los guardianes acercarse, apercibidos sus rifles para disparar.

—Vuelvan adentro —ordenó uno de ellos.

—Nos vamos —dijo «Masih».

—¿Que se van... adonde? —rió agresivamente el otro—. ¡Como no sea al infierno! ¡Vamos, vuelvan adentro o les va a pesar!

«Masih» estuvo mirando atentamente a los dos hombres, ambos de raza blanca, que le contemplaban a su vez agresivamente. Por fin el muchacho alzó una mano, y dijo, con tono de dulce súplica:

—Voy a rogarles que se aparten de nuestro camino. Nuestros destinos son bien diferentes, pero no les deseo mal alguno. Apártense.

—Conque te las estás dando de listo, ¿eh? —Gruñó el más alto de los dos sujetos, adelantando y alzando el rifle dispuesto a golpear a «Masih» sin contemplaciones—. ¡Te voy a enseñar...!

Sonó el estampido de otro rifle..., un manchurrón de sangre explotó en el pecho del hombre como si se tratase de un pequeño volcán. El impacto fue terrible, y el hombre saltó hacia atrás con una violencia estremecedora, dejando en el aire un alarido que terminó bruscamente.

Todavía había salpicaduras de roja sangre en el aire cuando el otro sujeto, gritando, se orientaba hacia donde había sonado el disparo, dispuesto a disparar inmediatamente... Sonó entonces el segundo estampido, y el hombre murió en el acto, sin oportunidad ni siquiera para gritar, pues la bala le acertó en el centro de la frente, y prácticamente le arrancó la parte superior de la cabeza, dando lugar al horror de una visión espeluznante de hombre mutilado y masa encefálica estallando a la luz del sol.

Mientras tanto, los tres prisioneros habían localizado al autor de los salvadores disparos: Pragma, que permanecía junto a un cocotero con el rifle todavía apercebido para seguir disparando. Amanda miró a «Masih», y le vio profundamente afectado, pero sereno. El muchacho captó la mirada de ella, y señaló hacia delante.

—Marchémonos de aquí —susurró.

La mirada de Amanda fue a los dos hombres muertos tan brutalmente ante ellos. Miró a Grant, que observaba estupefacto a Pragma, el cual permanecía inmóvil.

—Vámonos, Grant —dijo Amanda.

—No entiendo nada —la miró él—. ¡No entiendo NADA!

«Masih» había iniciado la marcha hacia el embarcadero, y los dos le siguieron. En aquel momento aparecían dos de los nativos armados de rifles, y al verlos se detuvieron y se echaron los rifles al hombro. Se oyó entonces la voz de Pragma en una orden seca, enérgica, y los dos nativos bajaron los rifles y le miraron

desconcertados. Pragma repitió la orden, y los dos nativos, despacio, bajaron sus rifles. Grant y Amanda volvieron a mirarse, y ella encogió graciosamente los hombros.

Llegaron al embarcadero sin tener tropiezo alguno. Parecía talmente que, de pronto, el Paraíso hubiera quedado libre para ellos solos. El aire era limpio, el cielo era de una belleza indescriptible. Ahora, a lo lejos, se veían unas nubes blanquísimas, que parecían hechas de nata y de luz.

Vieron un hombre a bordo de la lancha grande. Este hombre lanzó una exclamación al verlos, desapareció dentro de la lancha, y reapareció con un rifle, blandiéndolo amenazadoramente.

—¡Escuchen esto! —gritó— ¡Si no vuelven al poblado para...!

Sonó en la linde de la playa otro estampido, y el hombre fue arrancado de la cubierta de la lancha y arrojado al mar por el proyectil que se hundió en su pecho provocando uno de aquellos relucientes volcanes de sangre.

Grant Lovelace, que se había vuelto y contemplaba a Pragma todavía sosteniendo en alto el rifle, masculló:

—Ese tipo se ha vuelto loco.

—No —dijo con voz tensa «Masih»—. Aunque siempre a costa de sangre y de maldad, precisamente acaba de recuperar la cordura. Él sabe que nunca podría permitir mi muerte, y menos todavía colaborar en ella. Él acaba de ver la luz..., aunque todavía su mente esté funcionando con los resortes de maldad adquirida. No sabe impedir de otro modo mi muerte.

Llegaron al embarcadero y saltaron a su lancha. Grant Lovelace la puso en marcha, mientras «Masih» y Amanda miraban hacia la playa. Veían perfectamente a Pragma adelantando hacia el embarcadero, portando el rifle en su mano izquierda, talmente como si fuese un simple palillo en manos de un gigante. Estaba hermoso, absolutamente impresionante con su belleza, su sarong, toda la luz del sol como metida en su piel...

—No entiendo nada —volvió a decir Grant—, pero el hecho cierto es que nos vamos.

Miró a Pragma, que se había detenido.

Y lo vio todo tan perfectamente como lo vieron Amanda y «Masih».

Pragma colocó el rifle de modo que la boca de fuego se apoyó en

su pecho, sobre la zona del corazón, y apretó el gatillo. Le vieron estremecerse y retroceder un paso. Pudieron ver, en la distancia, cómo sus ojos se desorbitaban. Sonó otro estampido ahogado, de nuevo se estremeció Pragma, y tras dar un traspiés cayó de bruces.

Grant lanzó una exclamación, y quiso emprender el regreso al embarcadero, pero Amanda se lo impidió, sujetándole las manos y señalando con un gesto hacia el interior de la isla, de donde llegaban corriendo dos nativos armados de rifles, que vieron a Pragma tendido en la arena y, acto seguido, apuntaron sus armas hacia la lancha... Sonaron los disparos, los proyectiles crujieron por encima de las cabezas de los fugitivos. Grant imprimió más velocidad a la lancha, mientras Amanda miraba a «Masih», que seguía con la mirada fija en la isla del ayer y del mañana... y con los ojos llenos de lágrimas que se deslizaban ahora silenciosas por las lastimadas mejillas.

Los nativos dejaron de dispararles muy pronto, comprendiendo que era inútil, y corrieron hacia donde yacía Pragma. Dejaron de verlos en seguida, pues la lancha iba ahora a toda velocidad hacia el visible contorno de Vanua Levu, cruzando el estrecho de Somosomo. Grant Lovelace miró a «Masih», vio sus lágrimas, y miró impresionado a Amanda, que captó su mirada y le miró a su vez.

—¿Tú entiendes algo? —exclamó Grant.

—NO.

—¡Pues yo tampoco!

—Bueno, hay una cosa que yo sí entiendo —dijo Amanda— que no debemos perder ni un segundo. La lancha de ellos es más rápida que la nuestra, y si reaccionan y nos persiguen nos alcanzarán antes de que lleguemos a Vanua Levu, a Naindi.

—Esos nativos no son capaces de tomar una iniciativa de esa clase —aseguró Lovelace.

—Pero queda Simpson, que debe estar en alguna parte de la isla, y que no tardará en enterarse de lo sucedido.

—¿Sí? ¡Pues que me lo explique, porque yo no me he enterado de nada! A ver: ¿lo he soñado o es una realidad que Pragma se ha matado después de ayudarnos a escapar?

—No sabría decírtelo —sonrió como a la fuerza Amanda—, porque lo que dices haber visto tú es lo mismo que creo haber visto yo.

—Hay una explicación a todo esto —dijo «Masih», reaccionando, con voz tensa—. Pragma ha preferido morir que afrontar una de las dos situaciones actuales de su vida. Una de ellas, que no podía hacer nada contra mí. La otra, que después de ayudarme no se atrevía a enfrentarse con quienes, de un modo u otro, le daban las órdenes.

—Ésa podría ser una explicación —dijo Grant—. ¡Porque no debemos olvidar que no hemos terminado con Pragma, ni mucho menos! Sólo ha muerto una de sus marionetas..., pero Pragma seguirá insistiendo en eliminarte, «Masih».

—Tal vez.

—¿Tal vez? —exclamó Grant—. ¡Puedes estar seguro de eso! Me parece que estamos los tres en un buen lío. Si esa organización es todo lo poderosa que Pragma nos dijo antes tendremos que hacer agujeros para escondernos bajo tierra. ¡O sea, que todo esto no ha hecho más que empezar!

—Me gustaría saber dónde está Simpson —dijo Amanda.

—¿Qué demonios importa Simpson? No es más que otro de los miles de sicarios que debe tener esa maldita Pragma... ¡Me parece que nosotros nos hemos complicado la vida para siempre!

—Pero de momento nos la hemos simplificado, diría yo. Francamente, la situación no parecía demasiado buena para nosotros.

—Tienes razón... Y ahora podremos volver a Sídney y explicar lo del hombre muerto...

—Eso no será necesario —aseguró Amanda—, porque mi amigo del aeropuerto llamó a otros amigos suyos que seguramente a estas horas ya han sacado el cadáver de allí. De modo que no tenemos que buscarnos complicaciones por ese lado. Y en realidad, por ningún lado.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hará falta que hablemos de personas muertas.

—¿Cómo que no? En Australia murieron dos hombres, aquí en...

—No lo entiendes, Grant... Esos muertos han desaparecido, nadie los encontrará. Yo maté a un hombre en el hotel, el propio Pragma debía tener órdenes severísimas para que si alguno de ellos caía en poder de alguien que pudiera obtener información a su través fuese eliminado..., y eso hicieron con nuestro prisionero,

¿recuerdas? Pragma ha preferido matarse que hacer frente a su situación cuando Simpson explicara a sus jefes más inmediatos lo sucedido. Y en cuanto a Simpson, ya verás cómo se las arreglará para limpiar Taveuni de cadáveres, de cualquier rastro de muertes. Lo recogerá todo y se irán de esa isla que era... o sigue siendo un símbolo para Pragma por su Ayer y Mañana. Ayer manejaban a los hombres de un modo, Mañana los manejarán de otro..., pero siempre será lo mismo en el fondo.

—A menos que nosotros terminemos con Pragma —gruñó Grant Lovelace—. Quiero decir con la organización.

—Te he entendido —asintió Amanda—. Pero eso no debe ser nada fácil, créeme. Nosotros solamente conocemos a Simpson..., y tal vez a éste lo eliminen también, después de que haya desmontado todo cuanto perteneciera a Pragma en Taveuni. Es decir, que nosotros estaremos amenazados en todo momento por no sabremos quién o quiénes.

—Verdaderamente, no es una situación agradable —masculló Grant—. Y me pregunto si «Masih» puede hacer algo al respecto.

El muchacho miró a uno y otra apaciblemente, y murmuró:

—No tendréis que temer nada mientras permanezcáis a mi lado.

—Esperemos que sea así —deseó Grant—. Pero me estoy preguntando si no sería conveniente mantenerte oculto.

—No, nada de eso.

—Si volvemos a Sídney contigo, y, luego a Estados Unidos, todo el mundo sabrá dónde encontrarte en cualquier momento. Insisto en que sería mejor que permanecieras oculto.

—¿Cómo podría entonces dar a conocer mi mensaje a los hombres? —dijo serenamente «Masih»—. No, no puedo permanecer oculto. De modo que haremos público mi rescate, y no pienso permanecer oculto en ningún momento.

—Pues te matarán.

—No —sonrió el muchacho—. No antes de que haya cumplido mi objetivo en esta vida, señor Lovelace...

CAPÍTULO VII

La expectación en Sídney fue indescriptible cuando aparecieron en público Grant Lovelace, su acompañante la señorita Kevin, y, nada menos, el recién rescatado «Masih». Docenas de fotógrafos, televisión, radio, periodistas por todas partes... El aeropuerto de Kingsford Smith estaba atestado de público que quería ver al rescatado Mesías, de cuya llegada procedente de las Fidji se tuvo noticia por medio de la radio. Desde el avión del amigo de Amanda Kevin la noticia fue dada por la radio, y cuando llegaron a Sídney se puede decir que el mundo entero conocía ya la noticia en su primera fase.

La noticia presentada por Grant Lovelace respecto al rescate de «Masih» se ajustó finalmente a la verdad absoluta, a fin de evitar posibles complicaciones posteriores con las autoridades australianas, y, al día siguiente de su regreso a Sídney, las noticias que llegaron de Taveuni confirmaron las previsiones de Amanda y Grant: no había allí ni rastro de cadáveres, ni de cosa extraña alguna. Simplemente, aquel bonito poblado de vacaciones había sido hallado abandonado, sin rastro de ninguna clase que pudiera ser revelador en ningún sentido. Del tal Simpson, de Pragma, de los hombres que habían estado viviendo allí, ni rastro. Y por supuesto también había desaparecido la gran lancha. Nada que hacer.

Y así estaban las cosas, a punto de emprender el regreso a Estados Unidos los tres cuando apareció en el hotel el amigo de Amanda Kevin, el simpático y servicial Wilson.

—¿Qué tal? —saludó—. ¿Cómo va todo esto?

—Bien —asintió Grant, que estaba con Amanda y «Masih» en la habitación de la muchacha—. Le estamos muy agradecidos, Wilson.

—No tiene importancia. Bien, he venido a despedirme, y a

traerles las fotografías.

—¿Qué fotografías? —se sorprendió Grant.

—Ah, sí —recordó de pronto Amanda—. Las que te entregué para revelar cuando regresamos de Taveuni. ¿Las recuerdas, Grant? Me refiero a las que tomé en el hotel con mi encendedor...

—Sí, sí, es cierto. Pero no creo que nos sirvan de nada, ahora.

—Apuesto a que no —encogió los hombros Wilson—, pero no sabía qué hacer con ellas, de modo que aquí están. Buena suerte y hasta la vista.

Amanda se hizo cargo de las fotografías, que dejó sobre una butaca, y acompañó a Wilson hasta la puerta. Cuando regresó Grant y «Masih» estaban conversando respecto a su estrategia al llegar a Estados Unidos. Grant aseguraba que su periódico estaría dispuesto a apoyar al muchacho en su cometido, facilitándole, cuando menos, la publicación de sus ideas, de su postura e intenciones: Incluso, si era necesario, patrocinaría un viaje de «Masih» alrededor del mundo...

—Voy a ducharme —dijo Amanda—; no quisiera tomar el avión con esta pegajosa sensación de calor.

—El avión sale dentro de dos horas —dijo Grant, mirando su reloj de pulsera—. Podemos encontrarnos dentro de una hora en el vestíbulo del hotel. Una hora como máximo, Amanda.

—De acuerdo. Hasta luego.

Los dejó a los dos conversando; y entró en el cuarto de baño; Al poco dejó de oírlos. Oyó cerrarse la puerta de su habitación... Y estaba completamente enjabonada cuándo se descorrió el panel de cristal que protegía la bañera, y Grant Lovelace quedó ante ella, con las fotografías en una mano. Estaba demudado, y Amanda, que iba a hacer un comentario respecto a su descaro por querer verla desnuda y además en circunstancias menos agradables de las que podría haber obtenido, se quedó mirándolo seriamente.

—¿Qué te pasa? —murmuró.

—Las fotografías —susurró Grant—. Las que tomaste en el vestíbulo del hotel. ¿Son éstas?

Se las mostró. Amanda tuvo suficiente con un vistazo para identificar las ampliaciones que Wilson había traído.

—Desde luego que son éstas —asintió.

—¿Estás segura?

—Grant, no seas tonto.

Lovelace asintió, se dejó caer sentado en el taburete, y dijo:

—La madre que los parió.

—¿A quiénes? ¿A qué te refieres, de qué estás hablando?

—Me refiero, en principio, al tipo que se esconde detrás de la columna, según me dijiste, y que en las fotografías ha salido perfecto.

—¿Lo conoces?

—Sí, lo conozco, maldita sea su estampa.

—¿Quién es?

—Un hijoputa.

—Escucha, Grant, si vas a...

—¡Maldita sea su estampa, te estoy diciendo que es un maldito hijoputa, y no retiro ni una letra! Cuando se ha marchado «Masih» y me he acordado de las fotografías y les he echado un vistazo creí que estaba soñando... ¿Sabes quién es este tipo, sabes quién es este hijoputa?

—¿Quién es?

—Es uno de los componentes más importantes del Consejo de Administración del News Globber.

Amanda Kevin se quedó unos segundos mirando fijamente a Grant. Luego, terminó de enjabonarse, se duchó, y salió de la bañera, procediendo a secarse con la gran toalla de impoluta blancura. Todavía sentado en el taburete, sombrío, Grant Lovelace contemplaba el espléndido cuerpo femenino como si se tratase de un cuadro en lugar de un ser de carne y hueso.

—Está bien —dijo por fin Amanda—. ¿Qué es lo que piensas hacer?

—Le voy a partir la cara. ¡Les voy a partir la cara a todos...!

—Eso sería mucho trabajo —sonrió Amanda—. Aparte de que si te pones en ese plan vas a tener tantas dificultades que jamás podrías superarlas.

—¡Me han estado tomando el pelo...! ¡Esos malditos me han manejado como a un pelele, poniéndome tras una noticia inventada, sólo para pitorrearse del público y colocar el News Globe en primera línea mundial del periodismo...! ¿No?

—No me parece tan simple. Han muerto varias personas, Grant.

—Sí —parpadeó el periodista—. Eso es cierto. O sea que...

Parpadeó de nuevo. Finalmente quedó como de piedra, lívido.

—No —jadeó—. ¡No!

—Tómatelo con calma —dijo Amanda; y salió del cuarto de baño.

Cuando Grant la siguió la encontró de pie junto a la cama, colocándose el sujetador, que maldita la cosa que servía considerando la espléndida turgencia de los pechos de la rubia detective. La mirada de Grant descendió hacia el vello sexual, y, de repente, lanzó una maldición y exclamó:

—¡Y pensar que me he estado perdiendo todo esto a cambio de algo tan repugnante...!

—Bueno —sonrió Amanda—, todavía estamos a tiempo de casarnos. Pero me parece que no podemos hacerlo dejando las cosas tal como están, mi amor.

—Soy un imbécil —se apostrofó Grant—. ¡Y hasta debes pensar que soy un impotente, o algo parecido...!

—¿Quieres dejar ya eso y pensar con tranquilidad? Espero que te hayas dado cuenta de que ahora sí que tienes a la vista una de las noticias más sensacionales de los últimos tiempos. De modo que serénate y empieza a pensar en cómo vas a enfocar el asunto.

—Lo primero que tendría que hacer es visitar a Kademan.

—¿Ése es el hombre de las fotografías?

—Sí, claro. Zachary Kademan. ¡Le voy a agarrar por su maldita nariz y le voy a...!

Amanda dejó a un lado la braguita que se disponía a ponerse, se acercó a Grant, y se abrazó a su cuello, besándole acto seguido en los labios. Grant se apresuró a abrazarla; y se lanzó a corresponder ávidamente al beso, pero cuando comenzaba a entusiasmarse demasiado y sus manos iniciaban las caricias íntimas, Amanda se apartó violentamente de él.

—Ah, no, ¡nada de eso! —exclamó.

—¡Amanda, estoy loco por ti, ya te lo dije! ¡Hagamos el amor!

—Ahora no puede ser. Tenemos que tomar el avión..., y nos faltaría tiempo para hacer las cosas todo lo bien que deben hacerse. Además, si de verdad tanto me deseas haberte espabilado. Grant, estoy tratando de decirte que puedes contar conmigo para todo.

—¡De acuerdo! ¡Para lo que quiero contar contigo ahora mismo...!

—¡Estoy hablando en serio!

—De acuerdo —suspiró él—. Sería una estupidez ir allá a decirle a Kademan que es un hijoputa, ¿verdad?

—Una enorme estupidez. Él tiene su juego, pero tú tienes el tuyo; y tienes buenas bazas, si sabes jugarlas.

—Está bien —susurró el periodista; se pasó las manos por la cara y suspiró—. Sí, está bien. Creo que por ahora lo mejor es que pensemos solamente en el regreso a Estados Unidos. Vamos a seguir el juego..., vamos a dar rienda suelta a los tipos listos, esperando nuestro momento. ¿No es eso?

—Ya sabía yo que no tenías un pelo de tonto —rió Amanda.

—¿Y por qué estabas segura de eso?

—Porque si fueses tonto no te habrías enamorado de mí... ¡No te acerques, ya te he dicho...!

—Mujer, sólo se trata de un beso...

—¿Seguro? ¿Sólo eso? ¿No intentarás...?

—Palabra de honor —sonrió aviesamente Grant Lovelace.

—No me fío... ¡No me fío de ti!

—Y haces muy bien —dijo Grant, agarrándola de un brazo de pronto.

La atrajo, la rodeó fuertemente con sus brazos, y la besó en la boca, con tal ímpetu que pareció que fuese a comérsela. Ella correspondió al beso y al abrazo, hasta que de nuevo se dio cuenta de que Grant se disparaba en sus pretensiones.

Apartó su boca, y susurró dulcemente:

—Grant, si me haces eso ahora, aquí y así, no te lo perdonaré nunca. No podría ya decirte que no, pero si me lo haces te odiaré siempre:

—No podría soportar eso —sonrió él crispadamente; la besó en la boca brevemente—. De acuerdo, me voy a por mis cosas. Nos espera el avión para volver a casa...

* * *

Zachary Kademan detuvo el coche delante del pequeño chalet, y se quedó mirándolo indeciso. Por fin, con un gesto de resolución en su rostro, paró el motor del coche, se apeó, y fue hacia la casa, cruzando el pequeño jardín. Eran las once de la noche, y no había

movimiento alguno en aquella parte de la zona residencial.

Llegó a la puerta, llamó, y retrocedió un paso. Casi en seguida se abrió la puerta, dejando visible a Grant Lovelace, que le tendió la mano cordialmente.

—Gracias por venir, señor Kademan. Pase, por favor.

Kademan entró en el chalet. Parecía que todo allí era pequeño, empezando por el recibidor y terminando por el salón al cual condujo Grant a su visitante, que comentó:

—No sabía que tuviera usted una casa fuera de la ciudad, Grant.

—Ah, no, no es mía, señor Kademan. Se la he pedido prestada a un amigo para esta ocasión. Quería hablar con usted de un modo... absolutamente privado.

—¿Sobre qué? —desconfió Kademan.

—¿Quiere tomar algo? —ofreció Grant—. Me he procurado un buen *whisky*, pues me pareció que la ocasión lo merecía.

—Está bien, tomaré ese *whisky*. Pero vaya directo al grano, pues es muy tarde. A decir verdad no acaba de gustarme una cita de esta naturaleza y a estas horas.

Grant asintió, con gesto amable. Sirvió *whisky* para los dos, ofreció un vaso a Kademan, y se sentó frente a él en otro sillón. Encendió un cigarrillo, contemplando a Kademan, cuyo aspecto no podía ser más próspero... Sí, el señor Kademan siempre había tenido dinero... Siempre. Y no desde que nació, sino desde antes de nacer. Pertenecía a esa clase de persona que nunca han tenido que preocuparse por nada..., salvo por vivir del esfuerzo ajeno.

—Antes que nada, señor Kademan —dijo de pronto Grant—, quiero mostrarle unas fotografías. Las obtuvo la señorita Kevin, mi... colaboradora en todo el asunto de «Masih», pero estoy seguro de que ella no supo valorarlas debidamente. Eso, claro está, porque ella no le conoce a usted. De modo que cuando le revelaron las fotos no les dio importancia. Yo me callé, las guardé, y... aquí las tiene. Fueron tomadas... Bueno, usted sin duda recordará dónde fueron tomadas.

Kademan, que ya estaba mirando las fotografías, alzó la mirada muy despacio, y miró fríamente a Grant Lovelace.

—Son del vestíbulo del Place Hotel —murmuró.

—En efecto. Usted estaba allí cuando yo llegué en pos de «Masih», es decir, siguiendo la pista que me brindaba la nota

amenazadora recibida... ¿Qué hacía usted allí, señor Kademan?

—No creo que deba darle a usted ninguna clase de explicaciones sobre mi vida y viajes, Grant.

—¿No? De acuerdo. En ese caso yo actuaré por mi cuenta.

—¿Qué quiere decir?

—Se me ha ocurrido que todo esto de «Masih» no ha sido más que un montaje para lanzar internacionalmente al News Globe, pero, francamente, yo creo que es algo más. Evidentemente, la pista representada por la nota que recibí implica el deseo de ustedes de que yo pudiera seguir la pista de «Masih», pero no creo que hayan hecho todo esto para lanzar el periódico, que aunque sin ser un gigante; ya funcionaba bastante bien. Ustedes me han utilizado a mí para que descubriese todo esto, y ciertamente el periódico se va a aprovechar de esta publicidad. Pero han muerto algunos hombres, y no creo que eso se haya hecho sólo para elevar el nivel de un periódico... No, no es el News Glober lo que ustedes han querido lanzar. ¿Entonces...?

—¿Qué es lo que quiere usted? —susurró Kademan.

—Quiero saber para qué se me ha utilizado, y, si vale la pena, ser integrado en ello de un modo... provechoso para mí. Usted ya me entiende. Veamos, señor Kademan, ¿qué se han propuesto ustedes?

—Lanzar a «Masih», simplemente. Usted tal vez no se dio cuenta, pero el nombre de «Masih» le fue sugerido en una reunión, y usted se lo hizo suyo y empezó su... bonita campaña. Lo ha hecho muy bien, Grant.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Ya se lo he dicho: lanzar a «Masih». A partir de ahora lo iremos introduciendo lenta y sistemáticamente en las mentes de todo el mundo, hasta que llegará el momento, tal vez dentro de cuatro o cinco años, tal vez dentro de veinte, en que será considerado realmente como un nuevo Mesías. Con dinero y unos buenos directores de *marketing* se puede colocar en el mercado mundial incluso un nuevo Mesías, ya ve. Dentro de unos años la gente creará todo cuanto se diga de «Masih». Y nosotros nos encargaremos de que se diga que es el nuevo enviado de Dios con nuevos mensajes para la Humanidad, sobre cómo vivir y cómo morir.

—De modo que es eso...

—En efecto. Ya Pragma les habló a ustedes de ello, pero mintiéndoles, claro está. La idea base consiste en que las ideas actuales que sirven para controlar y manipular al ser humano se han quedado anticuadas, son obsoletas..., pues el ser humano está reaccionando. Entonces había que inventar otro sistema para seguir controlándolo. ¿Armas? Nada de eso, porque como ya les dijo Pragma se pueden volver contra nosotros. Sin embargo, a toda costa debemos tener, los privilegiados de la vida, algo con qué poder seguir manipulando a la Humanidad. Y se decidió renovar las ideas manipuladoras, cambiar las viejas por unas nuevas. Mas... ¿cómo hacer esto? Tras mucho pensar, decidimos enviarles un nuevo Mesías..., y, de entre los muchos recursos de que disponíamos se decidió utilizar el «News Globber»..., y a usted, que es una persona tan fundamentalmente honrada y sincera que debía servirnos incluso de piedra de toque, de ejemplo respecto a lo crédulo que puede ser el Hombre.

—En definitiva, lo que ustedes han tramado... y están consiguiendo es colocar en el mundo a «Masih» como si fuera un nuevo Jesucristo, por ejemplo.

—Así es —sonrió Kademan—. De este modo, cuando nuestro sistema de *marketing* lo haya introducido plenamente en el mercado de las mentes humanas de todo el mundo, nosotros haremos que «Masih» dicte las nuevas normas de vida, es decir, que les diga a los seres humanos cómo deben vivir..., aunque sin aclararles que deben vivir de ese modo para mayor servicio y placer nuestro, de los siempre privilegiados. Se van a terminar las guerras, Grant, pero no porque seamos... caritativos o bondadosos —ahora Kademan soltó una carcajada—, sino porque la masa humana estará educada de tal manera por «Masih» que cuando nosotros necesitemos que mueran unos cuantos millones de seres humanos se lo diremos a él, y él convencerá a los que deban morir. Con la misma fe con que ahora creen en otras disposiciones... divinas, creerán que cuando «Masih» pida el exterminio de cien millones de personas, por ejemplo, será para gloria de Dios en las alturas, y se exterminarán voluntariamente en masa y discretamente, en hornos crematorios ya adecuados y preparados para eso... Esto, claro, es sólo un ejemplo de la manipulación que vamos a ejercer sobre la estúpida masa

humana que se cree todo lo que le dicen... Basta presentar bien el «producto» para que sea aceptado. Pues bien: nosotros hemos presentado y lanzado bien a «Masih», y con él se terminarán pronto los gastos de armamento y los riesgos que, aunque remotos, también existen para nosotros en caso de guerras, epidemias y demás plagas con las que los estamos controlando a ustedes, los que no son nada en la vida.

Grant Lovelace estaba lívido. Tardó unos segundos en reaccionar, y pareció que fuese a lanzarse contra Zachary Kademan, pero justo entonces entraron en el salón Simpson, Pragma y el propio «Masih», éste sonriendo y empuñando una pistola con silenciador. Kademan captó la crispación en el rostro de Grant, y tras reír de nuevo, explicó:

—Es usted como un niño, Grant. ¿De verdad creyó que Pragma se suicidaba? ¡Pero, hombre...! Lo que sí puedo asegurarle es que él mató a aquellos desgraciados, a fin de que ustedes escapasen y contasen la «milagrosa» historia de Pragma, que habría sido el primero en creer en la divinidad de «Masih». Nosotros hemos sacrificado a unos cuantos desgraciados, pero no pensamos en modo alguno suicidarnos. En cuanto a «Masih», este bello muchacho de expresión bondadosa, es el más perverso de los seres mortales. Cuando le expusimos la idea se volvió loco de alegría, y lo aceptó todo. ¿A cambio de qué? Pues de lo mismo que les tenemos ofrecido a Pragma y a Simpson, que seguirán prestando servicios a Pragma Organization durante mucho tiempo... mientras usted, por demasiado listo, se va al infierno.

«Masih» emitió una risita, y Grant lo miró, inexpresivo el rostro. Pragma también rió, con su tono profundo, fuerte, hermoso.

—Señor Lovelace, no crea que va a escapar esta vez. Yo tenía que ser el encargado de matarlo, pero a «Masih» se le hacía la boca agua sólo de pensar en ser él quien le matase, y no he tenido más remedio que prestarle mi pistola... ¿No es cierto, «Masih»?

—Lo voy a matar muy despacio —susurró «Masih»—. Le voy meter primero una bala en el vientre, luego en los genitales, luego le haré papilla las manos...

—Estás loco —dijo Grant.

«Masih» volvió a reír. Sus ojos relucían con una perversión escalofriante. De ninguna manera parecía el mismo muchacho que

sabía sonreír tan dulcemente. Se adelantó hacia Grant, como si pretendiera más que dispararle golpearle con la pistola, ensañarse con él.

Y así fue. Alzó el arma, jadeando sádicamente.

—He cambiado de idea: voy a empezar por destrozarle la cara...

Parecía talmente un demonio malvado, era increíble su transformación. Estaba realmente dispuesto a hacer pedazos a Grant Lovelace, pero entonces funcionó todo el sistema que habían montado entre el periodista y la detective privado: Amanda Kevin se puso en pie detrás del sofá que la había estado ocultando agazapada hasta entonces, y amenazó al sádico «Mesías» con su pistolita silenciosa.

—¡Quieto! —ordenó—. ¡Si intentas...!

«Masih» volvió los desorbitados ojos hacia ella, lanzó un bramido de rabia, y bajó velozmente la pistola para encararla hacia Amanda.

Plop, plop, chascó suavemente la pistola de la detective.

Las dos balas crujieron juntas prácticamente en la frente del endemoniado muchacho, que ya no pudo gritar, ni hacer nada. Fue empujado hacia atrás, mientras sus ojos casi saltaban de pura rabia fuera de las órbitas. La pistola saltó de su mano, y Pragma y Grant saltaron al mismo tiempo hacia ella. Pragma se inclinó, puso su mano sobre la pistola... y lanzó un alarido cuando Grant le pisoteó brutalmente la mano, apretando con todo su peso. Al mismo tiempo, con la rodilla derecha golpeaba a Pragma en pleno rostro derribándolo de espaldas, salpicando sangre de su enorme nariz a todos lados, manchándose su traje vulgar, tan diferente al hermoso sarong que había estado utilizando en Taveuni...

La reacción de Zachary Kademan fue, en realidad, la que sorprendió a Amanda Kevin, que no consideraba al canalla capaz de una actitud de esa naturaleza, es decir, jugarse el tipo. Y lo hizo. Tal vez comprendiendo que si sus compinches perdían la partida él y sus colegas de «alto nivel» estarían perdidos para siempre, saltó contra Amanda derribando el sofá, que golpeó en las piernas a la muchacha y la derribó. Kademan cayó encima de ella, y su mano izquierda aferró la muñeca derecha de Amanda y la apretó contra el suelo... cerca de él, Simpson había sacado su pistola y, tras vacilar, pero viendo que Grant había conseguido la de Pragma, se dispuso a

disparar contra el periodista.

Grant le vio y se echó a un lado rodando. Simpson disparó, y la bala pasó rozando la espalda de Grant y rebotó con agudo tañido contra el suelo. Justo en ese momento, tras inmovilizarse después del giro, Grant Lovelace disparó, con la misma extraordinaria seguridad que si estuviese compitiendo en un concurso olímpico.

Y su acierto fue en el centro del objetivo.

Simpson recibió el balazo en la frente y saltó hacia atrás, con los pies hacia el techo. Cayó de cabeza, que crujió de nuevo de un modo espeluznante, y se deslizó por el suelo.

Kademan estaba gritando pidiendo ayuda a Pragma, pues él solo no podía con la bien preparada detective, que acababa de golpearle con el canto de la mano izquierda sobre la ceja derecha y se la había abierto como si fuese de mantequilla, expeliendo un chorro de sangre que los manchó a ambos...

Grant se volvió hacia ellos en el momento en que Pragma, sacando una navaja de un bolsillo, hacía salir la hoja y saltaba hacia Kademan y Amanda...

Plop, plop, plop, disparó sin contemplaciones el periodista.

Pragma gritó a cada disparo que recibió, estremeciéndose fuertemente y dando traspiés hacia Amanda y Kademan. Era como si su enorme mole de músculos y duras carnes simplemente asimilasen las balas que iban penetrándola. Talmente parecía que no hubiera nada capaz de detenerlo... hasta que Grant comprendió, y, ya lívido por el riesgo que estaba corriendo Amanda, le disparó a la cabeza.

La bala acertó a Pragma en la sien izquierda, le sacudió la cabeza fuertemente, y lo derribó de costado, girando, y lanzando a su alrededor un torbellino de sangre..., que cayó como fina lluvia sobre la alfombra.

Grant se revolvió entonces para apuntar a Kademan, pero Amanda gritó:

—¡No! ¡A éste tenemos que capturarlo vivo...!

Kademan pareció enloquecer al oír esto y, sin soltar la mano armada de Amanda, que ciertamente no la habría utilizado para matarlo, bajó la cabeza con furia inaudita, buscando impactar con el rostro de la detective. El golpe iba tan fuerte que si hubiera alcanzado a Amanda le habría partido la nariz, cuando menos. Pero,

bajo el peso del cuerpo masculino, Amanda Kevin hizo un escorzo, giró apartando la cabeza..., y la frente de Kademan golpeó contra el suelo, con sonoro «cloc» que puso los pelos de punta a Grant.

Como fulminado, Kademan se desmadejó sobre la muchacha, que se lo quitó de encima de un manotazo, giró, y quedó sentada en el suelo. Grant se abalanzó hacia ella, que gritó:

—¡Estoy bien! ¡Pero Kademan debe haber muerto!

Los dos acudieron junto a Kademan, y en el acto se dieron cuenta de que no había muerto. Amanda se quedó sentada, y Grant se sentó frente a ella, con el desvanecido personaje entre ambos. Se miraron, y Grant dijo:

—Pues no está muerto.

—Peor para él —sentenció Amanda.

Este es el final

Amanda abrió la puerta de su apartamento, vio a Grant, y sonrió.

—Hola —saludó melosamente—. ¿Qué tal?

—Bien —dijo Grant, entrando—. Ya tengo la licencia. Podemos casarnos en cuanto queramos. O sea, mañana... ¡Caramba, qué bien huele...! ¿Has comprado cena preparada?

—Eres un estúpido, ¿sabes? —Se encrespó la detective—. ¡Esa cena que tan bien huele la he preparado yo!

—¿De veras? ¡Caramba, pues voy a hacer el gran negocio al casarme contigo! Una mujer guapísima, rubia, cachonda, valiente...

—¿Qué sabes tú si soy cachonda o soy frígida? —Pareció enfadarse todavía más Amanda.

—Mujer, cuando se tiene un cuerpo como el tuyo está prohibido ser frígida... ¡Demonios, pero qué bien huele!

—Eres un majadero. ¿Cómo están las cosas con el FBI?

—¡Huy, estupendamente...! Imagínate si nos quieren que hasta nos harán un regalo de boda. Le están sacando a Kademan nombres y más nombres de esa Pragma que quería endosarle al mundo un nuevo Mesías... a su medida. Están haciendo una escabechina increíble y están saliendo unos nombres que me ponen los pelos de punta... Bueno, todo eso ya no es cuenta nuestra. Ahora somos el periodista y la detective más famosos del mundo, y... Oye, y tú también hueles muy bien.

—¿Sí? Pues no sé por qué, porque no me he puesto perfume...

—Debe ser tu piel —se acercó Grant para olisquearla—. Oh, cielos, qué aroma de hembra más apetitosa... ¡Al demonio la cena! ¡Ya cenaremos otro día! ¡Ahora vamos a hacer el amor...!

—¡Que te crees tú eso, amiguito! —lo rechazó Amanda—. ¿Acaso ya estamos casados?

—¡Nos vamos a casar mañana!

—Pues vuelve mañana... a por eso. Tú dijiste que te casarías

conmigo, ¿no es cierto? Pues ya sabes.

—Me estás tomando el pelo —tartamudeó Grant—. ¡No puedes ser de esas gazmoñas, estoy seguro! ¡Me estás martirizando a propósito!

—Eso es cierto —sonrió perversamente Amanda Kevin.

—¡Amanda, no me hagas esto!

—Bueno —susurró ella abrazándose a su cuello—, tal vez si te mostrases cariñoso y simpático, y me pidieras por favor..., te haría un... anticipo sobre lo que tendrás a partir del momento en que cumplas tu promesa de casarte conmigo... Grant, no me beses ahí, que me... No... No, Grant, te... te lo suplico, por... porque... Oh, no... Oh, sí, sí... ¡Sí...!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...